

Dos Bufandas

Toni Argent Ballús



© Antoni Argent Ballús

1a edición: Noviembre 2016

Impresión, diseño y composición: IGràfic · www.igrafic.com

Asesora lingüística: Berta Rubio Faus

Fotografía: Jordi Muntal Leis

ISBN 13: 978-84-617-6641-3

DL: B 24857-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra con cualquier medio o procedimiento, incluso la reprografía y el tratamiento informático, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

*Lo importante en la vida no son las cosas,
son los momentos, las emociones, los recuerdos...*

Los beneficios derivados de la venta de esta obra se destinan íntegramente a la asociación APADIS de Les Franqueses del Vallès.

En cada uno de mis libros cedo un espacio para que una entidad se dé a conocer y pueda explicar qué proyectos lleva a cabo. En esta ocasión, ellos han sido los afortunados.

APADIS es una asociación sin ánimo de lucro nacida en el año 1995 para promover la integración social y laboral de las personas con discapacidad y la atención a sus familiares por la igualdad de derechos y oportunidades.

Gracias a la ayuda de profesionales, voluntarios, administración y empresas, la entidad puede desarrollar proyectos para conseguir una sociedad más solidaria e integradora. Actualmente se atiende a más de 100 personas con discapacidad en los diferentes programas y servicios.

APADIS se encuentra en la calle Rosselló 37, de Les Franqueses del Vallès.

Telf.: 938403285 / www.apadis.org

NUESTROS PROYECTOS SOCIALES:

- **CENTRO DE TARDE Y OCIO LOS FINES DE SEMANA:** Espacio social en el que se desarrollan actividades lúdico-educativas: informática, estimulación cognitiva, musicoterapia, cocina, terapia con perros... Y los fines de semana escapadas al cine, teatro...

- **FORMACIÓN LABORAL:** Un proyecto pionero y transformador que posibilita un aprendizaje significativo de las competencias laborales donde los jóvenes y adultos se forman para construir su proyecto vital y para conseguir su inserción laboral en la empresa ordinaria.

La formación se desarrolla en diferentes escenarios de prácticas:

- **“La BOTIGUETA” (La TIENDA):** es un proyecto que permite la recogida y la venta de objetos de segunda mano. Se venden para obtener recursos económicos y posibilitar prácticas laborales a personas con discapacidad.
- **“El FELICITARIUM”:** se trata de un quiosco que gestionan los jóvenes con discapacidad donde se venden periódicos, revistas, golosinas, regalos y felicidad envasada.
- **“ORÍGENES”:** proporciona prácticas laborales responsabilizándose de las aves y el huerto ecológico. Todos los productos obtenidos se destinan al restaurante social y tienen una gran calidad y un gran valor añadido.
- **“DESCOSIDOS”:** taller de diseño de ropa hecha por los jóvenes con discapacidad donde se crean piezas únicas, originales y exclusivas.

- **INSERCIÓN LABORAL**: perseguimos que la persona con discapacidad sea capaz de conseguir y mantener un puesto de trabajo remunerado en un entorno normalizado.

RESTAURANTE SOCIAL “EL GATO VERDE”: Ofrece una cocina elaborada y creativa pensada para estimular los sentidos con productos de gran calidad y proximidad.

El alma del proyecto radica en la creación de un restaurante peculiar, nuevo y creativo, donde las personas con discapacidad son los protagonistas. Su principal objetivo es ofrecer la oportunidad de poder aprender un oficio, trabajar de camareros, ayudantes de cocina y sentirse útiles interactuando con la sociedad. Además, ofrece puestos de trabajo a padres y madres de personas con discapacidad que están desempleadas y que la crisis ha acentuado sus necesidades.

El Gato Verde ha conseguido dar visibilidad a las personas con discapacidad para ofrecerles oportunidades y, sobre todo, demostrar las capacidades que tienen con ilusión, esfuerzo y una gran motivación.

Agradecemos a Toni Argent que pensara en nuestra asociación para recibir los beneficios derivados de esta obra. Por otra parte, le damos las gracias por ceder-nos este espacio para darnos a conocer y explicar los proyectos que llevamos a cabo.

Dos bufandas

Capítulo 1

Como cada mañana, Carlos se levantó a las seis y media, entró en su vestidor y cogió del armario una de sus doce camisas blancas Neil Barrett, un traje gris del diseñador inglés Paul Smith, una corbata gris de Alberto Vico y unos zapatos John Lobb de color marrón. Para él, la imagen era fundamental y le gustaba ir bien vestido.

Su hija Carla, al oírlo, se despertó y se levantó descalza.

—¿Vendrás hoy a verme al concierto? —le preguntó a su padre.

—¿Qué haces levantada?

—Es que si no, no te veo. Llevamos todo el curso preparándolo y me gustaría que vinieras.

—Hoy no puedo, tengo una reunión muy importante. Vuelve a la cama.

Carlos miró su iPhone recién estrenado para ver si tenía algún mensaje no leído y entró en el enorme cuarto de baño para ducharse. Mientras, Carla había vuelto a su cama. Media hora después, Carlos subió a su Audi A6 TDI *Competition* de 326 CV, color blanco metalizado, cogió sus gafas de sol Giorgio Armani, conectó el climatizador, apretó el botón del mando a distancia para que la puerta automática del garaje se abriera y se marchó. Aquella mañana, si todo iba como tenía pensado, firmaría un contrato que le había llevado semanas de duro trabajo.

Para Carlos, una de las claves del éxito consistía en llegar pronto al despacho y salir tarde. Solo así había podido hacer realidad el reto de crear su propia empresa.

De camino al despacho desayunaba en la conocida cafetería Mezza

Luna, un lugar sagrado para los amantes del buen café y el buen té, ya que disponían de las mejores variedades del mundo. Sin embargo, Carlos siempre pedía lo mismo, un café Blue Mountain con una tapa de jamón ibérico. Le gustaba comer bien y se lo podía permitir. Ya llevaba más de cuatro años como cliente asiduo y Stefano, el camarero, le servía lo mejor que podía. Cuando lo veía preocupado o estresado hasta se permitía prepararle una infusión para relajarle. Cuando se marchaba, Carlos siempre le dejaba una buena propina y Stefano siempre le decía:

—Salute e amore, signore Carlo.

—¡Y mucho dinero! —respondía éste.

A las ocho de la mañana había quedado con Luis, su Director de Proyectos, para comprobar que el redactado del contrato era correcto y que no se habían olvidado nada. A las doce tenían la importante reunión con representantes de la empresa Turkish Aleations y, aunque estaba en juego un proyecto de tamaño reducido, su aprobación significaría la entrada de dinero y prestigio para la empresa, pues la multinacional turca los había seleccionado a través de un concurso en el que habían participado otras cinco empresas de ámbito internacional. La fragilidad económica ya hacía meses que la estaban notando por el reducido número de proyectos que les entraban por lo que cualquier proyecto nuevo era muy bien recibido. Dentro de dos semanas, junto a su Director Financiero, comenzarían a preparar el balance del segundo trimestre. Según informes mensuales, no cumplirían los objetivos propuestos. El primer trimestre no había sido positivo y el segundo tampoco lo sería.

Los directivos turcos llegaron puntuales. Carlos estaba acostumbrado a estas reuniones, desde que, siete años atrás, creara la empresa, aprovechando su talento y experiencia en el sector. Dos horas más tarde, el encaje de manos entre Carlos y el presidente de la empresa turca significó la aprobación del contrato. Para celebrarlo, reservaron mesa en La Fontana Di Oro, un restaurante que estaba a tres calles del despacho. Los conocían de otras celebraciones, comidas de empresa y

propinas que les dejaban, así que les reservaron la mejor mesa.

Para Carlos, su trabajo se había convertido en su vida. Había creado una empresa que ya en sus primeros inicios de vida le reportaba elevados beneficios, pero poco a poco, sin darse cuenta, ésta lo absorbía y le había ido ganando o, mejor dicho, robando terreno a su mujer, su hija y sus aficiones. Tenían más que cubiertas las necesidades básicas, vivían sobradamente y, materialmente hablando, no les faltaba de nada. Tenían dinero y podían permitirse hacer viajes por todo el mundo, tener una gran casa, comprarse ropa cara o ir a buenos restaurantes. Pero, aparte de esto, no compartían ni los unía nada más. Incluso a algunos viajes los acompañaban los colegas de Carlos con sus familias y éste no desconectaba, porque todo era hablar de trabajo y restaurantes donde realizar comidas de trabajo para ganar clientes. Eran viajes en los que los maridos iban por un lado y las mujeres e hijos por otro. Es decir, no eran viajes familiares ni nada que se le pareciera.

Además, no sabía delegar tareas y quería supervisarlo todo él aunque pagara un buen sueldo a los directores de cada uno de los departamentos que conformaban su empresa. Así que su rutina diaria de salir temprano de casa y llegar más tarde de las nueve y media de la noche se repetía incluso los fines de semana, porque a veces iba al despacho los sábados. El domingo, para desestresarse, quedaba con colegas del trabajo para ir a jugar al pádel o al golf. Eso significaba salir temprano de casa y no volver hasta después de comer. La familia estaba en un segundo o tercer plano, como aquél que tiene varias cosas a escoger y deja para lo último aquello que no le gusta, no le aporta nada o, sencillamente, no le importa.

Carlos había empezado, como muchos emprendedores, desde cero y trabajando muchas horas que cogía de cualquier sitio, ya fuera madrugando los fines de semana, renunciando al tiempo libre o hasta a su hobby, hacer puzles. Desde pequeño su padre le había introducido en el mundo de los puzles. Recordaba que uno de los mejores regalos

que le había hecho de pequeño era uno de ciento cincuenta piezas en el que salía un payaso haciendo malabarismos. El día que se lo regaló estuvo toda la tarde montándolo. Cuando lo finalizó fue a buscar a su padre y le dio un abrazo, gritando: «¡Ya lo he terminado, ya lo he terminado!». En casa de su madre había más de quince realizados por él y una docena más realizados con su padre. Hacía tiempo que no había hecho ninguno. Al vender a muy buen precio el piso en el que vivían en pleno centro de la ciudad se mudaron a las afueras de la ciudad, a su actual casa, a una zona residencial tranquila. Quiso retomar sus aficiones y comenzó uno de tres mil piezas. Era un puzzle de un paisaje austriaco con un lago dónde había un castillo en el centro. Sin embargo, apenas puso trescientas piezas, porque lo abandonó al crear Aceros del Mediterráneo S.A. (AMSA). Las pocas piezas que había puesto fueron cubiertas con un mantel que Cristina, su mujer, había puesto para que no se llenaran de polvo. Ese puzzle marcaba un antes y un después en su relación con su marido. Todo un símbolo. Antes, el hecho de hacerlos significaba que su marido estaba en casa. Ahora podían permitirse todo tipo de lujos, pero en casa sólo estaban ella, su hija y sus dos hámsteres, Kiwi y Espurni. Cristina recordaba con tristeza cómo, años atrás, los tres pasaban horas haciéndolos, pasándose bien y compartiendo momentos inolvidables.

Cristina se levantaba más tarde, a las siete y media. Lo primero que hacía era despertar a su hija, subía la persiana de la habitación para que entraran los rayos de sol, le daba un beso en la frente y le decía un tierno «buenos días». Después, desayunaban juntas en la cocina. Cristina, aunque también trabajaba, se dedicaba mucho más a su hija que su marido. De hecho, era ella la que se ocupaba de Carla. Su marido hacía años que solo pensaba en el trabajo y en ganar dinero.

Se había enamorado de Carlos durante el tercer curso en la universidad. Ambos cursaban Administración y Dirección de Empresas y comenzaron a salir un trece de noviembre. Cada día trece él le re-

galaba una rosa roja y ella la esperaba con la ilusión del primer día. Se habían casado al cabo de siete años de salir juntos. La canción con la que abrieron el baile de la fiesta fue “You and I”, del mítico grupo alemán Scorpions. Era su canción. Aquellos maravillosos años habían quedado atrás y aquella magia había desaparecido. Ahora su marido solo pensaba en el trabajo, en sus cosas o en comidas con sus colegas de despacho. Hacía tiempo que no le regalaba ninguna rosa. Cristina guardaba la última. La había secado y la tenía como un tesoro en un jarro. Para ella, aquella rosa era otro símbolo, una señal de aquel amor que hubo entre ellos tiempo atrás. Y no hacía ni una hora él se había marchado sin decirle nada. Ni un «buenos días», ni un «un beso», ni un «te llamaré», ni un «adiós».

Cristina solo trabajaba por las mañanas y suerte que tenía a su hija. Dedicarse a Carla le hacía olvidar aquella vida vacía junto a su marido. Más de una vez había querido hablar con él y decirle que aquella situación no podía continuar igual, sin embargo él siempre tenía que dedicarle tiempo a la empresa. Más de una vez le había propuesto hacer alguna actividad como cuando eran novios, pero él decía que tenía reuniones o algún proyecto entre manos. Ella le respondía que él era el jefe, y Carlos argumentaba que el jefe tenía que estar vigilando y controlando que todo saliera a la perfección.

Aprovechando que Cristina trabajaba cerca del instituto donde estudiaba su hija, la acercaba en coche. A Carla le gustaba ir con su madre y así charlaban un poco más. Aquella mañana, cuando la dejó en el instituto, Cristina aprovechó para ir a buscar el vestido de su hija para el concierto de la tarde. La habían llamado el día anterior para comunicarle que los arreglos ya estaban terminados y que podía pasar a buscarlo hoy, a partir de las ocho y media de la mañana.

Mientras colocaba el vestido en la parte de atrás del coche se acordó que tenía que llamar a María, la madre de Carlos, recordándole que su nieta tenía el concierto y que si quería la pasaría a buscar sobre las seis de la tarde. La suegra le contestó que no se perdería el concierto por nada del mundo y Cristina se puso contenta después de aquella

respuesta. Para ella, la madre de Carlos era como su segunda madre. Se querían mucho y veía que, si quería arreglar la relación con su marido, debía comentarle la situación, aunque la madre de Carlos ya intuía que ocurría alguna cosa.

Al salir del trabajo se acercó al súper que había en el camino de vuelta a casa para comprar algunas cosas necesarias para la comida. Carla salía del instituto a las dos y media y normalmente volvía a casa a pie con su mejor amiga, Marta. Cuando llegaba a casa, la comida ya estaba preparada. Comían juntas y Cristina se interesaba por lo que había aprendido aquella mañana.

Carla no estaba nerviosa por el concierto que tenía dentro de unas horas. Durante el curso había ensayado duro con el resto de integrantes de la orquesta y todos tenían muchas ganas de disfrutar ante un auditorio lleno.

Por la tarde, Cristina solía leer, ya fuera el periódico o un libro. Así desconectaba de su vida real y podía adentrarse en mundos de ficción, aventuras o fantasía. Aquella tarde, sin embargo, no tuvo mucho tiempo, porque debía arreglarse y recoger a su suegra. A Carla la pasaría a buscar la madre de su amiga Marta, que también tocaba en la orquesta.

Al llegar a casa de María, Cristina no paró el motor del coche ya que la estaba esperando fuera. Hacía una tarde calurosa, típica del mes de junio.

—Hola, cariño. ¿Cómo estaba mi nieta?

—No la he visto nerviosa, pero creo que la procesión va por dentro.

—¿Vendrá Carlos a verla?

— No sé, ya veremos...

—Hace semanas que no me llama. ¿Todavía trabaja tantas horas?

—Sí, cada vez está menos en casa y más en el despacho.

—Vaya... —dijo María con una mueca—. ¿Por qué no venís este sábado a comer? Hace tiempo que no comemos los cuatro en casa.

—¡Perfecto!

Al llegar al auditorio, Cristina sacó el móvil del bolso para ver si tenía algún mensaje o llamada de su marido. Nada. Decidió llamarlo ella.

—Dime, Cristina.

—En media hora comenzará el concierto de tu hija. ¿Vendrás, verdad? Carla espera que vengas, sobre todo teniendo en cuenta que has faltado a los últimos que ha dado y que este es el último del curso.

—Lo siento, nos han aprobado el proyecto turco y tenemos que comenzar cuanto antes. Últimamente no nos entran proyectos y tenemos que aprovechar para quedar bien y que nos puedan conceder otros.

—¿No te puedes escapar del despacho?

—Esta tarde imposible, el trabajo de tantas semanas ha merecido la pena y por ello quieren que empecemos ya.

—Luego podríamos celebrarlo los cuatro, tu madre también se apuntaría.

—Ya te he dicho que no puedo. Debo dejarte.

Carlos colgó. El concierto comenzó puntual. Una hora después, los aplausos llenaron el auditorio. Habían estado brillantes. Cristina y María fueron a buscar a Carla en el camerino de los artistas.

—¿No ha venido papá? —preguntó Carla.

—Tu padre tenía una reunión muy importante —respondió Cristina.

—¿Y no era importante mi concierto?

Carla se entristeció al saber que su padre le había fallado otra vez. Su abuela, con el fin de animarla, le dijo que lo habían hecho estupendamente. Carla sonrió.

Por la noche, cuando Carlos llegó a casa, Cristina le estaba esperando en el comedor.

—No has llamado para preguntar cómo le había ido el concierto ni para hablar con ella.

—Ya te dije que tenía que preparar cosas para el proyecto que nos acaban de aprobar. Luego tuve una reunión y...

—Sabías lo importante que era este concierto para Carla. Y te lo has

perdido. Peor incluso, no has hecho nada para poder venir. Carla ha preguntado por ti y le he tenido que decir, como siempre, que tenías una reunión muy importante. ¿Y sabes qué me ha dicho? Me ha preguntado si su concierto no era importante para ti.

—No me has dejado acabar. Te quería decir que tenía que avanzar trabajo para...

—¿Avanzar trabajo? ¡Pero si con lo que trabajas tú solo, deberías despedir a seis empleados!

—Los turcos han aprobado nuestro proyecto y quiero que todo salga bien. Además, desde hace meses ya notamos la crisis en nuestro sector y por ello este proyecto es tan importante.

—¿Quieres que todo salga bien en tu trabajo? ¿Y nosotros? ¿Cómo va nuestra relación? ¿Cuánto hace que sales de casa temprano y llegas tarde? No preguntas nada, ni cómo estoy, ni qué hago. ¿Te importa lo que hago durante el día? Solo te preocupa tu trabajo, tus reuniones y tus cenas. ¿Y tu hija? Apenas tienes comunicación con ella, Carlos. No puede ser. Necesita unos padres que la guíen y la apoyen. Los hijos crecen rápido. ¿No quieres disfrutar de ella? ¿Para qué quisiste tenerla? Cuando nació, ¿recuerdas que dijimos que sería nuestro proyecto más bello? ¿Cuánto hace que los tres no vamos al cine? ¿Cuánto hace que no vamos al McCrep a comer aquellos creps de chocolate que tanto le gustan? La semana pasada me preguntó si podríamos ir.

—Cris, trabajo muchas horas para tirar el negocio adelante y para que no os falte de nada.

—¿Que no nos falte de nada?! ¡Tenemos más de lo que necesitamos! Lo que queremos es que estés con nosotras. Entiendo que la empresa sea importante, pero hace tiempo que estoy cansada de esta situación.

— ¿Qué quieres decir? No empieces con lo de siempre. Ya te dije que crear la empresa me llevaría mucha dedicación.

—¿Y para qué tienes a tus directores? Ellos deberían hacer parte del trabajo que haces tú. Te repito que no costaba nada llamar para preguntar cómo le había ido el concierto a tu hija.

—Ya te he dicho que los turcos nos han aprobado el proyecto y con la que está cayendo debemos empezar a desarrollarlo cuanto antes.

—¡Proyectos y más proyectos! ¡Solo hablas de proyectos! ¿Y qué proyectos tienes con tu familia? Siempre tienes cosas más importantes que hacer. ¡Por Dios! ¿Cuándo harás alguna cosa importante con tu hija? Las cosas han ido de mal en peor, Carlos. Solo piensas en tus proyectos, en la empresa... Ni desayunas ni comes en casa. Tienes tiempo de sobras para venir a comer, pero prefieres ir a esos restaurantes cerca del despacho. ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Pero no estás tú en casa?

—Joder, no entiendes nada. Además, ¿cuándo fue la última vez que llamaste a tu madre? Hoy me ha preguntado por ti. Me ha dicho que hace semanas que no la llamas. ¿Tanto te cuesta? ¡Es tu madre!

—La llamaré un día de estos.

—Siempre dices lo mismo. Hemos hablado de ir a comer este sábado. ¡Los tres! Tu mujer, tu hija y tú.

—Yo no podré venir, Cris. Los turcos estarán unos días por la ciudad y los hemos invitado este sábado a jugar al golf. Busquemos otro día.

—No me lo puedo creer. ¿Y si no vas pasa alguna cosa? Últimamente ves muy poco a tu madre, Carlos. Solo por Navidad, en alguna que otra celebración y poco más.

—Yo no vendré, ya te lo he dicho.

—¡Carlos, estoy harta de tanta empresa, de tanto turco y de priorizar las cosas con los demás! ¡Espero que no tengas que decidir qué prefieres!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que o cambias o tomaré decisiones que no te gustarán.

—Yo también tengo que tomar decisiones importantes para mantener la empresa.

—No mezcles cosas, Carlos. Antes que la crisis apareciera nuestra relación ya empezaba a ir mal. Tampoco te pido nada imposible de

realizar. ¿Me escuchas? Solo te pido que no trabajes tantas horas y que hagamos algo juntos. ¿Acaso es pedir demasiado? No tienes tiempo libre y no desconectas del trabajo, ¡terminarás poniéndote enfermo! Podemos sentarnos y hablar de realizar alguna actividad con Carla. ¿Cuánto tiempo hace que no haces ninguna actividad con ella?

—Me voy a dormir que mañana tengo una reunión importante.

—Siempre tienes tiempo para tus reuniones y proyectos, pero no para lo más importante, que es tu familia. ¿Cuándo pondrás en tu agenda hacer una actividad con tu hija y tu mujer?

—No comiences otra vez.

—¡Responde a la pregunta!

—Ya te he dicho que trabajo duro para que tengáis de todo y no os falte de nada.

—Lo que nos falta es un padre y un marido que, por cierto, eres tú.

—A Carla le ingreso cada mes cien euros en su cuenta corriente para sus gastos.

—¿Y qué quieres decir? ¿Que ya cumples con tus obligaciones y responsabilidades de padre? ¿A tu hija solo sabes darle dinero? Pues para que lo sepas, el otro día me preguntó cuánto valdría estar una hora contigo. ¡Imagínate! Estaba dispuesta a sacar dinero de sus ahorros para comprar una hora para estar con su padre. ¿Qué te parece? Pon precio a tu tiempo para poder estar con tu hija: ¿treinta, sesenta euros la hora? ¡Por favor!

—Mañana tengo una reunión muy importante —dijo Carlos.

—¡Qué novedad! Como siempre, los otros siempre son más importantes que nosotras.

—A Carla le dejaré mucho dinero y ella lo agradecerá.

—No te equivoques, la mejor herencia que puedes dejar a tu hija es el tiempo que hayas pasado con ella. ¿Cómo te recordará cuando no estés si solo te comunicas con ella a través del dinero que cada mes le pones en su cuenta corriente para compensar el poco tiempo que pasas con ella? Carla tendrá dinero, pero no habrá tenido un padre. No eduques a tu hija para que sea rica, hazlo para que sea feliz. Así cuando

crezca sabrá el valor de las cosas, y no su precio. Además, que sepas que ella quiere darlo todo a una ONG.

—¿Cómo?

—El mes pasado algunos padres fueron al instituto y hablaron de su trabajo. Te lo comenté, no sé si te acuerdas, pero dijiste que tenías una reunión. Una tarde la madre de Marta, la mejor amiga de Carla, les explicó el trabajo que está realizando la ONG en la que trabaja y tu hija quedó maravillada con la ayuda que ofrecen a países del Tercer Mundo. Así que me comentó que el dinero que tuviera serviría para colaborar con esta ONG y otras similares.

—No me lo creo —dijo Carlos.

—Pues créetelo. Si estuvieras más en casa y hablaras con ella, te contaría más cosas y sabrías qué quiere hacer con su vida.

—Pensaba que continuaría con la empresa.

—¿Y seguir tu ritmo de vida? No lo creo y espero que no lo haga. Por eso, no trabajes tanto que ella se la venderá rápidamente y entregará el dinero a los que realmente lo necesitan. Y si no, puedes preguntarle directamente a ella qué piensa hacer con el dinero que le dejarás.

—Me voy a la cama.

Carlos se marchó y Cristina se sentó en una de las sillas del comedor con la mirada puesta en una foto donde aparecían los dos juntos, en uno de los últimos viajes que hicieron, a Marrakech, hacía un par de años atrás.

Al día siguiente, Carlos se levantó a la hora de siempre y, media hora después, subía a su Audi A6 e iba a la cafetería Mezza Luna. Mientras esperaba que Stefano le sirviera su café, aprovechó para leer la prensa.

Capítulo 2

Llegó el verano y durante la primera quincena de julio Carla estuvo en Londres. Durante el curso asistía a clases de inglés en la academia y, junto a otros cinco compañeros, les propusieron ir de vacaciones a la capital inglesa para hacer un curso intensivo y perfeccionar su nivel. Por las mañanas recibían clases y las tardes las aprovechaban para hacer turismo y practicar el idioma ya fuera con las familias con las que vivían, o yendo al cine y al teatro. Cada uno estaba en una casa con una familia nativa. A Cristina y Carlos les pareció bien. Cristina pensó que sería buen momento para hablar con Carlos de su relación, pero estuvieron muy distantes, prácticamente viviendo vidas paralelas. Cristina veía como su marido se alejaba cada vez más de ella por mantener la empresa a flote. Pensó sorprenderle aquella noche con su cena y vino favoritos. Le envió un mensaje diciéndole a qué hora llegaría. Carlos le respondió que llegaría tarde, sobre las diez de la noche. Al llegar a casa, Cristina tenía preparada la mesa y había decorado el comedor con motivos románticos. Carlos se lo agradeció y Cristina aprovechó para proponerle hacer una escapada el fin de semana al lugar que él quisiera. Al verle la cara supo la respuesta.

—Cristina, ahora no puedo pensar en escapadas ni viajes. Ya veremos más adelante. En la empresa las cosas no van bien.

—Por eso mismo, si desconectas un par de días, quizás encuentres una solución.

—No es tan sencillo. Te he dicho que no puedo.

—Hace tiempo que no hacemos nada los dos juntos. Y ahora que Carla está en Londres podemos tomarnos unos días antes que en agosto hagas vacaciones.

—¿Vacaciones? Este año no lo creo.

—¿Cómo?

—Aprovecharé para viajar a Colombia y Argentina para conseguir nuevos proyectos. Hay empresas alemanas y francesas que están consiguiendo realizar negocios en aquella zona y tengo que hacer lo imposible para que algunos proyectos los consigamos nosotros.

—¿Me estás diciendo que no querrás hacer nada con nosotras y prefieres irte a Sudamérica por motivos de trabajo? No me lo puedo creer.

—A ver, Cristina, no comiences a decir cosas que yo no he dicho. No es que no quiera hacer nada con vosotras sino que la gravedad del momento en el que nos encontramos me obliga a ir.

—Yo pensaba que haríamos algún viaje con Carla como cada año. Con ella habíamos pensado proponerte ir a Australia.

—Imposible.

—Es decir, que si queremos hacer alguna cosa este verano tendremos que ir las dos solas, ¿verdad?

—¿Ya tenemos que volver a discutir? Me voy arriba.

Carlos se fue sin terminar de cenar. Cristina se sentó en una de las sillas del comedor y ya no sabía qué hacer para que su marido viera que se alejaba cada vez más de ella.

Durante los días siguientes, apenas se dirigieron la palabra. La noche antes que Carla volviera de Londres, Cristina le preguntó a Carlos si la acompañaría a buscarla al aeropuerto. Siendo domingo pensó que aceptaría, pero le dijo que se había llevado trabajo a casa y quería aprovechar el máximo tiempo que tuviera.

—¿Hola hija! ¿Cómo te lo has pasado?

—¡Genial! El año que viene me gustaría volver. ¿Papá no ha venido? Hoy es domingo y no tiene que trabajar.

—Pues está en casa trabajando. Tenía que preparar unos papeles para mañana.

—¿Pero ahora se trae trabajo a casa para el fin de semana?

—La empresa no está pasando por un buen momento.

Al llegar a casa, Carla fue a dar un beso a su padre. Éste puso la mejilla y continuó trabajando sin preguntarle cómo le había ido. Carla bajó y continuó explicándole a su madre aquellos quince días.

—¿Me has podido comprar el libro que me mandaron leer?

—Sí, lo tienes encima de tu escritorio.

—Perfecto, gracias. Mañana lo empezaré. ¿No habéis ido a ningún sitio con papá estos días?

—Hemos estado ocupados.

Carla intuyó que las cosas por casa no habían ido de rosas. Ya hacía tiempo que veía que la relación no iba muy bien y las discusiones continuas entre ellos y la poca comunicación que tenían así lo reflejaban.

En agosto la empresa no cerraba. Había empleados que hacían las vacaciones en el mes de julio, otros en agosto y el resto, en setiembre. Carlos continuaba sin delegar tareas y lo quería controlar todo aunque no fuera posible. A mediados de agosto viajó a Colombia y Argentina para iniciar contactos de cara a la aprobación de un par de proyectos a favor de su empresa. Además tenía que reunirse con empresas proveedoras para negociar precios, plazos de entrega, etc., para poder redactar y dar garantías de la viabilidad de los proyectos que presentarían. Allí el ritmo de las negociaciones era más lento que en Europa y por ello estuvo un par de semanas con Luis, al que consideraba su mano derecha.

Carlos confiaba que las numerosas y largas reuniones en Colombia y Argentina dieran sus frutos unos meses después y es que cada proyecto debía pasar determinadas fases hasta aprobarse definitivamente.

Cristina aprovechó el mes de agosto para devorar libros, quedar con amigas que hacía tiempo que no veía y parar estar con Carla.

A principios de setiembre Cristina volvió al trabajo, Carlos continuó con aquella vida estresante de conseguir proyectos y conseguir objetivos anuales y a mediados de mes Carla comenzó su último curso en el instituto.

Capítulo 3

A finales de octubre tenía lugar un encuentro entre el tutor y todos los padres y madres de los alumnos de la clase. Mientras el tutor daba una charla a los adultos, los alumnos hacían actividades ya fuera en el laboratorio de ciencias o en el taller de tecnología. A todos les encantaba.

La reunión iba a ser el jueves por la tarde y en el frigorífico estaba colgada la convocatoria de aquella reunión desde hacía una semana. Cristina se lo había comentado a Carlos días atrás e incluso le había puesto un pósit en el maletín para que lo tuviera presente. Por la noche, al llegar Carlos a casa, se lo recordó:

—Recuerda que mañana jueves tenemos la reunión de padres en el instituto. Carla también vendrá ya que les preparan actividades mientras estamos allí.

—Estas reuniones siempre empiezan muy temprano y todavía estaré trabajando. No podré venir.

—Pero si la reunión comienza a las siete y media —respondió Cristina—. No pasará nada si un día no sales tarde del trabajo. Y, además, te recuerdo que eres el jefe.

—Cris, no me vengas con esas. Ya sabes que la crisis económica nos está afectando cada vez más y los últimos informes sobre las perspectivas futuras no son buenos. Además, los proyectos que nos adjudican son de reducido tamaño.

—Pero si con las horas que trabajáis no me extraña que haya crisis y paro. Si vosotros trabajarais menos horas, habría más para el resto.

—¿Qué dices? No entiendes de negocios.

—De negocios no entenderé, pero de hacer de padre tú sí que no entiendes nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya estás otra vez con lo mismo de siempre?

—¿Con lo mismo de siempre? El jueves vendrán todos los padres de los compañeros de clase de Carla y serás el único que no va a venir.

—Seguro que no vendrán todos. Además, mañana jueves hay Champions.

—Sí, ya lo sé, pero el fútbol comienza a las nueve menos cuarto. Por lo que no habrá problemas de asistencia en la reunión. Patético sería que no vinieran por ver a veintidós tíos dando patadas a un balón mientras cobran millones de euros. Primero son los hijos y luego el fútbol, Carlos.

—Míralo por otro lado, Cristina, a mí no me gusta el fútbol, pero me apasiona mi trabajo.

—¿Y tu familia te apasiona? No me contestes, ya sé que no.

—No empieces.

—¿Y cómo se sentirá Carla al ver que todos los padres asisten a la reunión menos el suyo?

—Ya es mayor y lo entenderá.

—¿Lo entenderá?! ¿Y yo? ¿Qué excusa tendré que dar?

—Di la verdad, que estoy trabajando para que otros tengan trabajo. Podríamos quedarnos sin nada de la noche a la mañana. Además, no sabemos cuánto va a durar esta crisis.

—Carla quiere que estés con ella, que vayamos a pasear al lago, ¡que hagamos actividades como una familia normal!

—Pides demasiado, Cristina. Sin la empresa no podríamos vivir como lo hemos hecho hasta ahora.

—Pues cambiemos de vida y punto.

—¿Y terminar con todo lo que he creado? Ni hablar. Estoy cansado, me voy a dormir.

—¿Y por qué no vienes más pronto, si estás tan cansado? Últimamente vienes mucho más tarde.

—Con la inestabilidad económica es necesario trabajar más: preparar más reuniones y redactar más informes para que los bancos nos puedan financiar futuros proyectos. Si no nos dan crédito no podre-

mos pagar a los proveedores. Pagamos antes que no cobramos.

—¿Y si la crisis dura diez años más estarás con este ritmo de vida tanto tiempo? Ahora no nos falta de nada, podrías vender la empresa y vivir mejor.

—¿Vivir mejor? ¿No eras tú la que querías vivir en una casa? Yo trabajo para que puedas tener todo esto. El trabajo nos da dinero y con él podemos mantener nuestro ritmo de vida.

—¿Y de qué sirve trabajar tanto si no ves a tu familia? En el fondo creo que eres pobre, Carlos, muy pobre.

—¿Qué?

—El otro día leí una frase: «Había un hombre tan pobre, tan pobre, pero tan pobre, que solo tenía dinero». Tú eres ese hombre tan pobre. En eso te has convertido trabajando tanto solo para tener dinero. Si el único motivo de tu felicidad es el dinero, ¿qué pintamos Carla y yo en tu vida?

Cristina se marchó llorando, incapaz de hacerle ver a Carlos que llevaba demasiado tiempo lejos de su familia. Él no se daba cuenta de que Cristina cada vez estaba más incómoda con aquella relación que tenían y que las fuerzas para tirar adelante iban desapareciendo.

Carlos no asistió a la reunión de padres. Cristina dijo que se encontraba mal, no quiso decir la verdad, que estaba trabajando o quizás tomando algo con algún cliente. Le daba más vergüenza decir el motivo por el que no asistía a la reunión que mentir. En la reunión había otros padres empresarios que sí habían asistido.

Una vez finalizó la reunión, al entrar en el coche, Carla preguntó:

—¿Papá tenía trabajo, verdad?

—Sí, hija, tu padre, ya sabes...

—Gracias, mamá.

—¿Gracias? ¿Por qué, cariño?

—Por poder contar siempre contigo y por haber venido a la reunión.

A Cristina le cayó una lágrima mientras arrancaba el coche, aunque no sabía por qué. Quizás por aquellas mágicas palabras de su hija o porque veía que su matrimonio iba a la deriva. Ella intentaba hacerle ver a Carlos que tenía que cambiar, pero él no veía nada. Notaba que las fuerzas se le estaban acabando. Durante el trayecto a casa, Carla se durmió y Cristina aprovechó para pensar que podía ser una buena idea ir a ver a su marido al trabajo al día siguiente y hablar con él. Si en casa no tenía tiempo de hablar porque estaba cansado de trabajar, quizás sí lo tendría en el lugar en el que nunca estaba cansado, su despacho.

Llegaron a las nueve a casa y Carlos todavía no estaba. Cristina hizo la cena mientras Carla se preparaba la ropa y la mochila para el día siguiente.

Carlos llegó pasadas las diez de la noche. Su hija ya estaba en la cama y esperaba encontrar a su mujer enfadada por no haber ido a la reunión, pero también se había ido a dormir.

Al día siguiente, como cada mañana, Carlos inició su rutina matutina diaria: se levantó temprano, se duchó, se vistió y salió del garaje de casa con su Audi A6.

Cristina se cogió un par de horas libres por la mañana para ir a verlo al trabajo. Al verla entrar en su despacho, se quedó sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Carlos.

—Como no quieres hablar en casa porque estás cansado, he decidido venir a verte antes de que lo estés.

—Ya te he dicho que las cosas no pintan bien y tengo mucho trabajo.

—¿A sí? Pues yo también, Carlos. Y lo que no pinta bien es nuestro matrimonio, a ver si te enteras de una vez por todas.

—No me vengas con eso ahora, por favor.

—¿Perdona? ¿Pues sabes qué te digo? Que esta tarde Carla tiene hora al dentista y quedaré con Laura porque hace semanas que no nos

vemos. ¿Recuerdas qué es eso de tener amigos?

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que vas a ejercer de padre y la vas a llevar tú.

—No podré, Cristina.

—¿Acaso solo sabes decir «no podré, Cristina»? Pues yo tampoco, Carlos. Estoy harta.

—Pues anula la visita al dentista y que te den hora para otro día. Perdona, pero tengo trabajo.

—¿No puedes dejar de pensar ni un minuto en el trabajo? ¿Podrías pensar ni que fuera un momento en tu familia? Tú no quieres ver la realidad y ya se me ha acabado la paciencia. Te he ido avisando y hasta aquí hemos llegado.

—¿Avisando de qué?

Cristina se fue del despacho de su marido cerrando la puerta de un portazo.

Llegó el sábado. Cristina y Carla fueron a comer a casa de María, la madre de Carlos. Éste, tal y como tenía planificado, quedó con Luis, el Director de Proyectos, para jugar al golf con los directivos turcos. A ellos se sumó Pedro, el Director de Marketing. Luego se fueron a comer al restaurante Emporio y no llegó a casa hasta las seis. Supuso que Cristina y Carla ya habrían llegado de la comida en casa de su madre, pero todavía no lo habían hecho.

Pasadas las once de la noche, le extrañó que su mujer y su hija no llegaran. Llamó a Cristina, pero nadie contestó. Subió a su habitación y se dio cuenta de que su mujer había sacado ropa de la cómoda y del armario. Bajó al comedor a buscar el móvil para volver a llamarla y encontró una nota en la mesa del comedor que no había visto al entrar.

*Ya no aguanto más. Si no cambias,
todo se habrá terminado. De ti
depende.*

Llamó a su madre:

—Hola hijo, cuánto tiempo sin saber nada de ti. ¿Estás bien?

—Sí, pero llamaba para...

—Te había invitado a comer. ¿No te lo había dicho Cristina?

—Sí, me lo dijo. Llamaba para saber si Cristina y Carla están contigo.

—Tu mujer y tu hija han venido a comer este mediodía y se han ido hace horas. Me ha dicho que tenía las maletas en el coche y que se instalarían unos días en casa de sus padres. Me ha explicado por qué se iba y la verdad es que yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—No pensaba que hablara en serio.

—¿Ah, no? Me dijo que te había avisado muchas veces.

Carlos se despidió de su madre y llamó a casa de la madre de Cristina. Se puso el padre.

—¿Diga?

—Hola, Arturo. Soy Carlos.

—¡Hombre, mi yerno ausente! ¿Qué quieres?

—Quisiera hablar con Cristina. Está ahí, ¿verdad?

—Sí, ahora te la paso. ¡Cris!

—Dime, Carlos.

—¿Me ha dicho mi madre que os vais de casa? ¿Pero qué haces?

—No aguanto más. Desde hace meses solo piensas en ti y, por mucho que intente hacerte ver que vas por el mal camino, tú sigues igual. Y no me vengas con lo de la crisis. Hace tiempo que te lo digo, no quiero continuar así. Reflexiona y piensa qué es lo importante para ti. Tu madre no te lo habrá dicho, pero estaba muy triste porque no has venido a comer con nosotras.

Cristina colgó sin dejarle decir nada más.

Capítulo 4

El lunes al mediodía, Rodrigo, el Director de Tesorería, llamó a la puerta y entró en el despacho de Carlos. Éste estaba con la mirada perdida viendo a través de su pared acristalada los vehículos que circulaban en las densas calles de la ciudad. Ni se había dado cuenta de que alguien había llamado a la puerta y había entrado. Rodrigo caminó hasta ponerse entre él y el ventanal y fue cuando Carlos se percató de que no estaba solo en su despacho. Le comentó lo sucedido. Hacía dos días que no vivía en el mismo techo que Cristina y Carla.

—Sé fuerte, Carlos. Dicen que el tiempo lo cura todo —le dijo Rodrigo.

—Ojalá fuera cierto, pero creo que tendrá que pasar alguna cosa más que el tiempo para que Cristina y Carla vuelvan a casa. ¿Qué querías?

—El Director del Banco de Santander, el de la oficina de la calle Pintor Fortuny, me ha llamado para decirme que no nos renovarían la línea de crédito.

—¿Cómo? ¡Pero sí hablé con él hace un par de semanas y me dijo que no habría ningún problema! ¡Será cabrón!

—Han analizado los informes financieros del primer y segundo trimestre y ven demasiado riesgo.

—Sin la línea de crédito, sin proyectos nuevos y con clientes que no nos pagan, el futuro lo veo jodido. Lo llamaré ahora mismo.

Carlos llamó a la oficina pero le dijeron que estaba reunido con unos clientes importantes. Le dejó el mensaje que lo llamara urgentemente cuando estuviera disponible.

Llegó a casa por la noche, cansado de trabajar, sin hambre y con ganas de irse a la cama. La soledad y el silencio de aquella casa le ahogaban. Y recordó que, tiempo atrás, al llegar a casa por la noche, Cristina le preguntaba cómo le había ido el día mientras le daba un beso. Carlos decidió llamarla, pero ella insistió que hasta que no reflexionara sobre su forma de vivir y trabajar no volverían a vivir juntos. Las próximas semanas ella y Carla vivirían en casa de sus padres. Quería cambios y, sobre todo, que decidiera qué prioridades tenía en su vida puesto que había sobrepasado la línea roja.

Los días siguientes, Carlos continuó con su rutina diaria y llegaba tan tarde a casa que apenas tenía tiempo para reflexionar sobre lo sucedido. Continuaba trabajando mucho y descansando poco. El trabajo lo estaba consumiendo poco a poco hasta llegar al punto de quitarle su familia. Además de la crisis ahora tenía otro contratiempo. Se sentía solo y le vinieron a la cabeza recuerdos de su padre. Su pérdida le había cambiado la vida. ¿Otra pérdida, la de su mujer y su hija, se la iba a cambiar de nuevo?

Carlos procedía de una familia humilde, de clase baja, y se quedó huérfano de padre cuando tenía apenas once años. Él veía como sus compañeros del colegio hacían actividades con sus padres, jugaban con ellos o salían de excursión, pero él no podía. Su madre tenía que trabajar para poder pagar los gastos de casa, el alquiler, sus estudios, etc. Ella siempre intentó que no le faltara de nada. María le decía que estudiara para tener un buen trabajo y, sobre todo, que cuando fuera mayor se acordara de todo lo que le habían enseñado ella y su padre. Su madre lo quería mucho.

Recordaba cuando jugaban en el parque con su padre y pasaban horas observando las hormigas o contando las estrellas del cielo durante la noche. Sin embargo, un jueves todo había cambiado. Un accidente de coche le quitó a su padre, a su compañero de juego, a su héroe. Desde aquel día, Carlos vio que la vida no era tan bonita como creía. Aquel universo infantil y mágico pronto se convirtió a un escenario de soledad. Le faltaba algo muy importante.

Su madre le decía que debía ser valiente y centrarse en los estudios. Y así lo hizo. No tuvo ninguna dificultad en acceder a la universidad y allí, en su tercer curso de Administración y Dirección de Empresas, conoció a Cristina y pareció volver a un mundo que había olvidado: el del amor, el de ilusionarse por las cosas.

Lo había pasado mal, pero el papel que jugó su madre fue vital. María hizo lo que tenía que hacer: dedicar tiempo a su hijo, darle su amor y el de su amado y difunto marido. Sin duda, para Carlos había sido un lujo tener a sus padres a su lado, mientras fue posible, ayudándolo a crecer como persona. Tenían las necesidades básicas cubiertas y el hecho de no perseguir necesidades banales les permitió estar el máximo de tiempo con su hijo, dedicarse a él, jugar y realizar actividades con él. No sabían qué era ir de restaurantes, pero su madre era una excelente cocinera y preparaba comidas riquísimas. Antes de la muerte de su marido, ella había decidido dedicarse a su hijo, pues le encantaban los niños y decidieron que con el sueldo de su marido no hacía falta que ella trabajara fuera de casa, hasta que ocurrió lo que no tendría que haber ocurrido.

De su padre guardaba el reloj, parado a las seis y media de la tarde, momento del accidente. Se acordaba que aquella tarde habían de empezar un nuevo puzle. Su padre se lo había prometido antes de salir de casa aquella mañana. Después del trabajo iría a la tienda de juguetes a buscarlo y por la tarde lo comenzarían juntos.

Los bomberos les entregaron los enseres que habían encontrado en el coche, entre ellos un paquete rectangular envuelto con papel de color azul. Carlos sabía que aquel paquete envuelto con su color favorito era el puzle. Nunca lo había abierto ni sabía qué imagen había que montar. Alguna vez se había dispuesto a descubrirlo, pero siempre se echaba atrás. No encontraba fuerzas para hacer el simple gesto de arrancar ese papel que lo envolvía.

Aquel día, había cogido el paquete y lo había guardado encima de su armario. Veintiséis años más tarde, el paquete todavía se encontraba en el mismo lugar. El reloj y aquel paquete azul eran los últimos

recuerdos que tenía de su padre, un hombre que siempre cumplía lo que prometía. Pero aquella tarde no lo hizo. No llegó mientras él lo esperaba en casa.

En aquel instante le vino a la cabeza su hija Carla. Tenía quince años y estudiaba cuarto de ESO. Si años atrás alguien le hubiera preguntado quién era su héroe, ella no hubiese tardado ni un segundo en decir que su padre. Ahora, él ya no estaba tan seguro de su respuesta.

Recordó que los fines de semana iban los tres a pasar el día al bosque que estaba a media hora de casa en coche. Allí comían de picnic y paseaban rodeados de árboles, ardillas y pájaros. A menudo ella lo acompañaba a comprar y le decía que de mayor quería ser como él: cariñoso y divertido. ¿Dónde había quedado todo aquello? Años atrás le había dicho que era «el mejor padre que había en el mundo», pero habían pasado unos cuantos años desde entonces. ¿Seguiría pensando lo mismo?

Desde que creó la empresa, Carla prácticamente no le veía ni tenían comunicación. Él salía de casa antes que ella se levantara y a veces llegaba a casa cuando ella ya dormía.

Ya hacía una semana que Cristina había dejado a Carlos. Su hija lo quería, pero lo que realmente quería era estar con el padre que conoció años atrás. Ella era responsable e inteligente y entendía que si su madre había tomado aquella decisión era porque era lo correcto. Los estudios le iban bien y Cristina le recordaba que esforzarse tenía su recompensa. Se sentía afortunada de tenerla a ella y a sus abuelos, los tenía cerca y sabía que podía contar con ellos para cualquier cosa.

Un martes por la tarde, cuando se estaban preparando para ir a comprar al mercado semanal del pueblo donde vivían los padres de Cristina, Carla le preguntó a su madre:

—¿Cuándo volveremos con papá?

—Tu padre tiene que decidir qué es lo más importante para él, si el trabajo o la familia. Primero debe pensar qué quiere hacer con su vida.

—Vale, pero me gustaría verlo algún día. ¿Puedo?

—Claro, hija. Envíale un mensaje y díselo.

Carla cogió el móvil de su madre y le envió un par de wasaps:

Hola, papá, soy Carla. ¿Cómo estás?

¿Qué te parece vernos un día?

En aquel mismo instante, Carlos estaba reunido con Pedro y Luis, analizando las consecuencias de la anulación de dos contratos por culpa del corte de suministro de materia prima de uno de sus mayores proveedores. Dos horas después, finalizada la reunión, y estando solo en su despacho, se puso las manos a la cabeza al ver que la situación empeoraba. Acercó su mirada hacia su móvil y vio que tenía un mensaje del número de Cristina. Se alegró al verlo. Lo abrió y vio que era de su hija. Lo leyó, y de repente sonó el teléfono. Lo llamaban para una reunión con el director financiero de una empresa proveedora. Guardó el móvil y pensó en contestar más tarde.

Después de la reunión continuó trabajando en el despacho hasta las diez de la noche. Cuando llegó a casa se preparó algo rápido para comer y se estiró en el sofá del comedor donde se quedó dormido enseguida. A la mañana siguiente, al encender el móvil se acordó del mensaje de su hija y le contestó:

Hola, hija, las cosas en la empresa se están complicando. A ver si puedo la semana que viene.

Capítulo 5

La crisis estaba afectándolos mucho más de lo que inicialmente habían previsto. No entraban nuevos proyectos y cada vez tenían más problemas para cobrar los que ya tenían empezados. Además, la anulación de aquellos dos contratos empeoró la imagen de la empresa y la desconfianza sobre ella aumentaba. Carlos no consiguió que el Banco de Santander les renovara la línea de crédito. Por todo ello, una tarde, después de estar reunido con Rodrigo, el Director de Tesorería, y con Luis, el Director de Proyectos, Carlos convocó una reunión de urgencia con los directores de los diferentes departamentos.

—Os he convocado para exponeros que la situación es muy grave. Los contratos que habíamos firmado meses atrás con los inversores asiáticos no se están cobrando debido a la quiebra de sus empresas filiales, aunque todavía tenemos pendiente de cobrar un proyecto de muy reducido tamaño que finalizamos el mes pasado.

Carlos pidió a su Director de Tesorería que expusiera la situación actual mediante una hoja de cálculo muy sencilla que resumía rápidamente el complicado momento en el que se encontraban. Una vez finalizó, Luis, el Director de Proyectos, les anunció que las negociaciones para los proyectos de los próximos meses no iban bien debido a que sus competidores reducían precios, cosa que ellos no se podían permitir. Finalmente, les dio la mala noticia que los dos proyectos para Colombia los habían adjudicado a una empresa francesa y que el proyecto argentino no había pasado de la fase inicial. Para acabar con las malas noticias, las inversiones que había realizado la empresa finalmente no fueron rentables y el coste de los proyectos que tenían en

marcha en Alemania se había disparado. Cada vez más había una mayor competencia y los márgenes se reducían hasta el punto de no ser interesantes los proyectos recibidos. Durante las semanas siguientes, no entraron nuevos contratos y, ante el riesgo que corrían, las entidades financieras decidieron no dar crédito en casos de riesgo elevado. Además, continuaba el impago de sus clientes que los obligaba a reducir de forma brusca el excedente de tesorería que habían logrado durante los últimos años. La reunión finalizó con los directores levantándose y marchándose en silencio. Más de uno entendió que el barco no tardaría en hundirse si no habían buenas noticias en breve.

Carlos y su Director Financiero tenían cada vez más reuniones no con clientes, sino con los directores de los bancos. Ante la reiterada negativa de las entidades de no darles crédito y viendo que la situación no mejoraría, Carlos, como máximo responsable de la empresa, reunió a sus empleados para contarles que la situación era muy grave y que si no entraban nuevos proyectos, tendrían que cerrar.

Carlos se olvidó por completo de quedar con su hija. Apenas iba a dormir a casa, ni pensaba en nada que no fuera su empresa. Estaba desesperado viendo como lo que había creado con tanto trabajo y dedicación se iba abajo.

Su mujer lo llamó un día a las diez de la noche pensando que estaría en casa. Carlos le explicó la fase en la que se encontraba y le dijo que de momento no podía quedar con Carla. Cristina le pidió que, como mínimo, le enviara un mensaje.

A principios de diciembre recibió varias cartas de los bancos que le obligaban a pagar todas las deudas que le correspondían. Carlos ya había intentado renegociar las deudas, pero la única manera de saldarlas era entregar al banco el patrimonio de la empresa. Es decir, el edificio donde tenía el despacho, las instalaciones, incluso su casa y el coche, ya que por motivos fiscales estaban a nombre de la empresa.

Viendo que el barco estaba prácticamente hundido, una mañana

convocó a los directores y les comunicó la decisión de liquidar la empresa. Ninguno se opuso viendo que era la única y mejor solución. Habían intentado no tener que tomar la decisión de cerrar, pero no quedaba otra opción. Había empleados con familia y debían velar por ellos, asegurándoles el mejor despido posible.

Una fría tarde de mediados de diciembre su madre lo llamó para preguntar cómo estaba. Había leído en el periódico que la empresa estaba en apuros y se preocupaba por su hijo.

—Vamos a cerrar, mamá —dijo Carlos.

—¿Y tú, hijo, cómo estás? —le preguntó ella—. Para mí siempre has sido lo más importante. Unas empresas van bien, otras cierran, se crean de nuevas...

—Ya lo sé, pero la cosa está muy mal. ¿No tendrás unos dos millones de euros, verdad? —dijo Carlos en un intento de bromear.

—Uy, abrazos y besos los que quieras, pero dinero no me pidas.

—Tengo que dejarte, madre.

—Una cosa, te llamaba porque me gustaría que vinieras a celebrar la Navidad en casa. ¿Qué te parece?

—Ya te diré algo, ¿de acuerdo? Tengo la cabeza en mil cosas.

—Nada de eso, que te conozco. Te espero por Navidad. ¿Una de esas «mil cosas» son Cristina y Carla?

—Las echo de menos. Es como si me faltara algo, pero ahora no tengo tiempo para pensar en eso.

—El trabajo solo es trabajo, cariño. «Eso» es tu familia y es mucho más importante que la empresa o el dinero. Un beso, hijo.

—Un beso.

Carlos volvió a su trabajo, a intentar minimizar el impacto del cierre para sus empleados. En aquél momento le vinieron a la cabeza aquellos hombres y mujeres que trabajaban para él. La mayoría padres y madres de familia con hipotecas y alquileres, fiestas de Navidad que pronto llegarían, niños y niñas que dependían de su sueldo...

Aquellos días fueron muy duros, pero quiso que sus empleados le recordaran por lo que se esforzó para que sus liquidaciones fueran justas.

Carlos llamó a Cristina para avisarla de que, para liquidar la empresa, tenía que deshacerse de la casa. Le comentó también que debía recoger el resto de sus cosas así como otras pertenencias que todavía estaban en el interior de la casa. Al día siguiente por la tarde Cristina le pidió a su padre que la acompañara para llevarse el resto de ropa, libros, pequeños electrodomésticos, etc. Arturo tenía una furgoneta que les iría muy bien para hacer el traslado.

A mediados de diciembre se produjo la liquidación de la empresa. Las deudas eran tan grandes que Carlos vendió hasta sus relojes o el televisor de setenta y ocho pulgadas. Estaba arruinado. Se habían acabado aquellos maravillosos años. La parte positiva es que pagó sus deudas a los proveedores e indemnizó a sus trabajadores. Mientras unos esperaban que saliera el Gordo de la Lotería, él salía de su edificio con una mano delante y otra detrás.

Capítulo 6

Carlos sabía que había un lugar dónde siempre tendría las puertas abiertas: en casa de su madre.

—¿Diga?

—Hola... soy yo, Carlos.

—¿Cómo estás, cariño? Hoy he leído la noticia en el periódico y estoy segura que hiciste todo lo que pudiste. Te recuerdo que dentro de unos días es Navidad y te espero a comer como quedamos, ¿eh?

—¿Puedo venir a verte ahora?

—Claro, hijo. ¿Cuánto tardarás?

—Una hora aproximadamente.

Al cabo de una hora se bajó del autobús y se presentó en casa de su madre con un par de maletas. Llamó al timbre, ella abrió y, al verle, le abrazó. Estuvieron unos segundos uno delante del otro sin decirse nada. Finalmente, Carlos rompió el silencio:

—No sabía dónde ir y pensé en ti y en las palabras que me dijiste el otro día por teléfono.

—Una madre lo es siempre, ante lo bueno y lo malo. Todos nos equivocamos alguna vez en la vida. Entra y cuéntame cómo ha ocurrido todo.

Carlos le explicó, de forma resumida y clara, qué había pasado con la empresa. María le pidió que se ahorrara los detalles y, cuando hubo acabado, le dijo:

—Ahora relájate y ayúdame a hacer la cena. Luego descansa y mañana será otro día.

Aquellas palabras le relajaron y los dos se pusieron a preparar la cena.

—¿No te acuerdas que cuando eras pequeño me ayudabas en la cocina? Te gustaba limpiar las hojas de la lechuga y poner el aceite en los tomates.

— Ha pasado mucho tiempo de eso.

— Pues, como ves, todavía lo hago. Y muy feliz de hacerlo.

En los últimos siete años la había visitado muy pocas veces. Aquella casa había sido donde había pasado buena parte de su vida. Después de cenar observó los cuadros y fotos colgados en la pared. Subió las escaleras y, al final del pasillo, antes de llegar a la que había sido su habitación, había un cuadro del que fue su héroe, su padre. Muchos recuerdos le vinieron a la cabeza. Demasiados.

A la mañana siguiente, se levantó y desayunó con su madre. Hacía años que no desayunaba con ella en aquella mesa que le había visto crecer. Aquella mesa en la que su padre y su madre le habían hecho reír, le habían ayudado a hacer los deberes y a leer, habían celebrado fiestas de cumpleaños...

Su madre, desde el momento que lo había visto en la puerta el día anterior, le había perdonado todas aquellas veces que no la había llamado y que no la había visitado. ¿De qué servía cerrarle la puerta o decirle todo aquello que no había hecho bien todos aquellos años? No, en aquel momento no tocaba. Ella siempre decía que tenemos que aprender de nuestros errores, sean pequeños o grandes, pero lo importante es corregirlos. Crecer significa eso. Nadie es perfecto.

—¿Qué harás hoy? —le preguntó su madre.

—No lo sé, tengo que aclararme, pensar qué quiero y qué necesito. En poco tiempo he perdido mi familia, mi empresa, mi patrimonio, mis amigos...

—El hijo que yo conocí tenía grandes sueños y un ídolo, su padre. Él siempre te decía que lucharas por aquello que querías.

—Sí, y lo hice, pero aquello que conseguí lo he perdido.

—Mira, hijo, si has perdido lo que amabas, quizás es porque priori-

zaste antes otras cosas y te equivocaste. Piensa qué quieres hacer a partir de ahora con tu vida. ¿Qué pensaría tu padre si ahora te derrumbas? Hoy hace un día estupendo. Ve a dar una vuelta, que te toque el aire. Puedes ir al lago.

—Sí, me parece una buena idea. Gracias.

—Abrígate, que hoy hará mucho frío.

Carlos, antes de salir por la puerta, le dio un beso a su madre. Media hora después y antes de llegar al lago, vio el quiosco en el que su padre le compraba aquellos caramelos de miel y limón que tanto le gustaban. Se acercó y saludó a Paco, el quiosquero, que no le reconoció después de tanto tiempo. Carlos se presentó y entonces sí se acordó de quién era. Se dieron un fuerte abrazo. Carlos le dijo que no estaba en su mejor momento y le explicó lo sucedido. Una vez finalizó, Paco le dijo que la grandeza de una persona se medía en aquellos momentos. Le regaló una bolsa de caramelos de miel y limón. Recordó que eran sus favoritos. Parecía mentira cómo meses atrás no le faltaba de nada y ahora no podía ni permitirse comprar unos caramelos. Antes de despedirse, Paco le dijo que se pasara por allí cuando quisiera, porque los lugares con recuerdos agradables y felices no debían olvidarse nunca.

Estuvo paseando lentamente, recordando aquellos años en los que la inocencia le cubría y tenía toda una vida por delante. Observó los pájaros volar y hablar entre ellos, las barcas que se podían alquilar por horas... Cosas que hacía años que no hacía.

Por la tarde, después de comer, se puso a tocar el piano que había en el comedor mientras su madre descansaba en el sofá.

Al día siguiente se levantó temprano y comenzó a llamar a antiguos colaboradores por si le podían ofrecer trabajo. Carlos no era una persona que se diera por vencida fácilmente y decidió ponerse manos a la obra en encontrar trabajo. Habló con directores de empresa y contactos que tenía en empresas que eran proveedoras o clientas suyas, pero también ellos estaban inmersos en dificultades y no le podían ofrecer

nada acorde a su perfil.

Recordó aquellas mañanas en las que antes de ir al despacho iba a desayunar a la cafetería Mezza Luna. Aprovechando que por la tarde quería visitar una empresa que había sido clienta suya y que caía cerca, se acercó a la cafetería. Llegó, vio que «su mesa» estaba ocupada y esperó que viniera Stefano, el camarero que siempre le atendía. Éste, al verlo, le dijo:

—¡Qué sorpresa, señor Carlos! ¿Cómo está? Hace semanas que no viene a desayunar.

—Hola, Stefano. Mi vida ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos.

—¿Qué ocurrió?

—Mi mujer y mi hija se han ido de casa y he cerrado la empresa. He pensado que quizás podrías prepararme un bocadillo de jamón como los que me servías.

—¿Y cómo lo va a pagar? Lo siento, pero si no tiene dinero, no le voy a servir nada.

—¿Cómo me puedes decir esto? ¡Durante muchos años he sido uno de vuestros mejores clientes!

—Los mejores clientes tienen dinero y, por lo que me acaba de decir, usted no. Esto no es una ONG, es un negocio como el que usted tenía. Ya ve que tengo clientes a los que servir.

—No compares este restaurante con mi empresa. No le llega ni a la suela de tu zapato.

—Puede, pero su empresa ya no existe y este negocio todavía funciona. Si me disculpa...

—Vaya, cuando tenía dinero eras mucho más amable, Stefano. ¡Parece que solo te interese eso!

—¿Y a usted? Siempre me hablaba de lo importante que era tener dinero, señor Carlos.

—Con la de propinas que te dejaba... ¿Ya no te acuerdas?

—Yo nunca le pedí propinas ni usted estaba obligado a dármelas. Yo tengo mi sueldo. Si usted me daba lo que me daba era cosa suya.

Por favor, si no va a pagar, le pido que se marche. Ahí está la puerta. Le deseo mucha suerte.

—No me lo puedo creer. Si montara otra empresa y volviera ya te gustaría que te dejara propinas como las que te dejaba. ¡Desagradecido! ¡Con la miseria de sueldo que debes tener por servir cuatro cafés!

—Por favor, no me falte al respeto. Mi trabajo es tan respetable como el que pudiera tener usted. Me gusta «servir cuatro cafés» y mi sueldo me basta. Por si no lo sabe, que veo que no, yo trabajo de siete a tres. Como en casa y por la tarde estoy con mis hijos, que por eso los he querido tener junto con mi pareja. Podría trabajar de las nueve de la mañana a las nueve de la noche, pero ¿para qué? Yo disfruto con mi familia. ¿Y usted? Por lo que puedo imaginarme, usted está solo, sin dinero y sin nadie a quien recurrir. Y viene aquí exigiendo que yo le invite. Vuelva cuando tenga su amado dinero y vuelva a ser el cliente arrogante que era, nada más.

Carlos se fue y se dio cuenta de que antes no le querían a él, sino a su dinero. Hasta la hora de cenar estuvo llamando a posibles contactos para que le pudieran proporcionar trabajo, pero no hubo suerte. Su madre le dijo que no se desanimara y que continuara realizando nuevas llamadas.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Carlos continuó realizando llamadas para concertar una entrevista de trabajo o para enviar su currículum. Se puso uno de sus trajes que todavía conservaba y fue a visitar a jefes de personal que conocía. Todos le dijeron que no había ninguna posibilidad de contratarlo y menos con los tiempos que corrían.

Pasaron las Navidades y parecía que la suerte seguía sin estar de su lado. Había visto en una ocasión a su hija que se puso muy contenta al verlo. En cambio, para Cristina, todo era demasiado reciente y se había mostrado distante en los pocos minutos que coincidieron.

Al levantarse por la mañana, y para no estarse el día en casa pensando a quien llamar o visitar, se diseñó un par de rutas para ir a correr y así hacer deporte para despejar la mente. En una de ellas pasaba por el lago que estaba cerca de casa de su madre. Un día se sentó en uno de los bancos que había en la orilla y cerró los ojos. Al cabo de unos minutos, notó que alguien se sentaba a su lado.

—Al final le he encontrado —le dijo una voz desconocida.

Carlos abrió los ojos y vio un hombre a su lado.

—¿Perdone, cómo dice? —le preguntó Carlos.

—Me presentaré. Soy Jaime.

—¿Y qué quiere?

—La vida está llena de sorpresas y de personas como usted.

—¿Qué quiere decir? No le entiendo.

—Yo lo que no entiendo es cómo usted acabó así. En el periódico leí que había cerrado su empresa. ¿Cómo ocurrió?

—Pues mire, Jaime, tengo mucho tiempo libre. Si quiere, se lo cuento.

Carlos le explicó todo lo ocurrido. El desconocido le escuchó sin interrumpirle en ningún momento y, cuando Carlos hubo acabado, le dijo:

—Si me deja, puedo echarle una mano.

—¿Ayudarme? ¿Qué he hecho yo para que quiera ayudarme? He sido muy egoísta y ahora no tengo nada. Y además, no le conozco.

—Hay situaciones en la vida que lo mejor que uno puede hacer es dejarse ayudar. Y un buen comienzo es explicar cómo se ha llegado a determinada situación y dejarlo por escrito.

—¿Por escrito? No entiendo qué quiere decir.

—Me ha explicado su experiencia como si hiciera años que nos conocemos. Escribir va muy bien para desahogarse como acaba de hacer, incluso para desconectar o encontrar una solución. Podría ser su salida hacia adelante.

—No había oído nunca que escribir pudiera ser de ayuda.

—Pues se lo recomiendo.

—¿Escribir qué?, ¿un libro?

—Sí

—¿Y sobre qué? ¡Imposible!

—Tal y como dijo alguien, «lo único imposible es aquello que no intentas». Yo solo intento ayudarlo. ¿Sabe que es la *escritera*?

—Pues no.

—Se trata de una técnica de crecimiento personal que consiste en escribir para encontrar soluciones a situaciones personales o profesionales. Escribir lo que uno piensa puede traer muchos beneficios. Piénselo y dentro de un par de días nos volvemos a ver en este mismo banco. ¿De acuerdo?

—Yo trabajaba para mejorar los beneficios de mi empresa.

—Pero su empresa ya no existe. No trate ahora de entender cómo ha llegado hasta aquí. Acéptelo y conviértase en el Carlos que me ha explicado que fue: cariñoso, alegre...

—Mi mujer quiere que reflexione sobre mi forma de vivir y trabajar, pero sobre todo que piense en mis prioridades.

—Pues la *escritera* le puede ayudar. Inténtelo y comenzará un cambio en su vida.

—No le prometo nada.

—Perfecto, no me ha dicho que no. Nos vemos dentro de un par de días. Y no se preocupe, con lo que me ha contado tiene material de sobras para escribirlo.

Al llegar a casa de su madre, Carlos le explicó lo sucedido y lo sorprendido que estaba de aquella propuesta.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó su madre.

—Lo mío son los números y eso de ponerme a escribir creo que no es una buena opción.

—Ahora eres tú quien me sorprende, hijo. ¿Qué pierdes por intentarlo? Además, no te creas que estarás todo el día en casa sin hacer nada.

—Pero es muy raro que haya venido hasta el lago a buscarme. ¿Cómo me habrá encontrado?

—Los ángeles se cuentan con los dedos de las manos. Debes aprovechar los momentos en los que aparecen.

Carlos estuvo pensando acerca de la propuesta y de las palabras de su madre. Hasta el momento los intentos de encontrar trabajo habían sido fallidos y la cosa no parecía mejorar. Decidió que no tenía nada que perder así que, pasados los dos días, se volvieron a encontrar en el mismo lugar.

—Sinceramente, no me veo escribiendo ningún libro, pero por ahora es la única propuesta que tengo encima de la mesa o sea que, ¡acepto!

—Perfecto. Lo que quiero proponerle es muy sencillo: usted lo escribe y yo pago los gastos de impresión.

—¿Cómo? ¿El libro se va a publicar? ¿Trabaja para una editorial?

—Puede parecerlo, ¿verdad? Pero no, tengo una empresa y funciona muy bien incluso con la que está cayendo ahora. Entonces, ¿qué me dice?

—¿Tan poco tiempo me deja para pensarlo?

—Las oportunidades se tienen que aprovechar. Si me dice que no, no volveré a insistir.

—De acuerdo, acepto escribirlo y que lo publique, pero aviso que no sé ni por dónde empezar. Es un verdadero reto.

—La vida está llena de retos. Para usted, escribir es uno de ellos. Cuando tenga el libro acabado grábelo en este *pendrive* y póngase en contacto conmigo.

—De acuerdo, pero una cosa, ¿nos podemos tratar de tú? Me he sincerado tanto que parece que haga tiempo que nos conocemos.

—Perfecto, ningún problema.

Jaime le apuntó en un trozo de papel un número de teléfono para localizarle y se despidieron.

Cuando Carlos llegó a casa de su madre, le explicó que finalmente había aceptado escribir el libro y que una vez escrito se publicaría.

—Como te dije, siempre hay ángeles que quieren ayudar a las personas. Si tienes esta oportunidad, aprovéchala —le dijo su madre.

—¿Pero sobre qué puedo escribir? Yo he redactado informes de financiación para proyectos, pero no libros.

—Seguro que encontrarás un tema que te traiga la inspiración.

—Eso espero. La vida te cambia en un abrir y cerrar de ojos, ya lo creo.

Carlos se marchó a dar una vuelta por el pueblo en el que había crecido. Paseando recordó aquellas calles en las que había jugado, había saltado, se había ensuciado y pelado las rodillas. Recordó cómo él y sus amigos hacían competiciones de caracoles después de llover o contaban las estrellas en las noches de verano. Todo aquello quedaba muy lejos, en otra vida. Sus decisiones lo habían llevado por otro camino y, viendo los últimos acontecimientos, se podía decir que la dirección tomada no había sido la más adecuada.

Paseando por la calle Gonzalo de Berceo vio abrirse la puerta del número cincuenta y siete. Recordó que allí vivía Luisito, uno de aquellos chavales con los que hacía carreras de caracoles. De la casa salió Ramón, el padre.

—Buenas tardes —le dijo Carlos.

—¡Hombre, Carlos, cuánto tiempo! Tú madre me contó que estás pasando una temporada con ella —dijo Ramón con una mirada amable.

—Sí, estoy en un momento algo complicado.

—Oye, ¿por qué no venís este sábado a casa a comer? He organizado una barbacoa. También vendrá Luisito con su familia.

—Muchas gracias, Ramón. Se lo comentaré a mi madre. En caso afirmativo, ¿tenemos que traer algo? —preguntó Carlos.

—¡Solo hambre! —dijo riendo mientras abría la puerta del garaje—. Cuando hable con Luisito le comentaré que hemos estado charlando. Si venís, se pondrá muy contento de verte.

—Ha sido un placer volver a verle. Ya le diremos algo para el sábado.

Carlos continuó paseando hasta llegar al final de la calle. Allí había el parque en el que tanto había jugado con su padre y sus amigos de la infancia. De repente le vino a la cabeza su hija Carla. En los últimos años prácticamente no había hecho ninguna actividad con ella. En realidad, Cristina tenía razón: desde que había creado la empresa, le había dedicado su vida y no había hecho prácticamente nada con su familia. El trabajo lo había absorbido de tal forma que se había convertido en otro Carlos. Solo hablaba de trabajo, de reuniones, de viajes de negocios, de cómo aumentar la rentabilidad de los proyectos, de los cambios que tenían que hacer en los diferentes despachos...

Al llegar a casa, le comentó a su madre que el sábado estaban invitados a la barbacoa de Ramón. Ella le dijo que le iría bien para relacionarse con gente. Carlos pensó que sería una buena idea. Al cabo de un rato, María llamó a Ramón para confirmar la asistencia a la barbacoa y, justo después, le pidió a Carlos que la acompañara a comprar al supermercado. Con ironía le preguntó si se acordaba de lo que era. En realidad, hacía muchísimo tiempo que Carlos no había entrado en uno. Él estaba acostumbrado a que le hicieran la compra, la comida y la cena, o a comer en restaurantes. Lo que para millones de personas

es una actividad semanal normal y obligada, para él era una actividad desconocida.

Una vez hubieron comprado todo lo necesario, su madre pagó la cuenta. Era la compra de toda la semana y María se había gastado poco más de lo que él se gastaba en una sola cena en el restaurante. Rápidamente se dio cuenta de que la vida que había llevado hasta entonces era diferente a la de su madre en lo que se refiere a lujos y caprichos.

Ya en casa, Carlos lo puso todo en la nevera y se iba a dar una vuelta cuando su madre le pidió que se sentara un momento.

—Hijo, sé que ahora necesitas tiempo para adaptarte a esta nueva etapa y que lo estás pasando mal, sin embargo, hace días que me pregunto qué te pasó antes para que cambiaras tanto. Naciste en una familia sencilla, pero nunca te faltó de nada. ¿Por qué en los últimos años solo has pensado en trabajar y ganar dinero? ¿Para qué querías tanto? Espero que, ahora que lo has perdido todo, aprendas la lección. Debería darte vergüenza tu comportamiento de todos estos años.

»¿Has visto lo que me ha costado la compra en el supermercado, verdad? ¿Cuánto dinero te has gastado todos estos años en restaurantes? Para comer bien no hace falta ir cada día al restaurante. Por otra parte, empleabas la mayor parte de tu tiempo en supervisar y dirigir proyectos, redactar informes, asistir a reuniones y comidas de empresa, pero ¿no podías cogerte libre ni una tarde para estar con tu hija? Hijo, no sé si eras el jefe o el esclavo de tu empresa, la verdad. ¿Te das cuenta de que esta actitud te ha hecho perder lo más importante de tu vida?

»Te pagué los estudios para que fueras una persona responsable, no solo en tu trabajo, sino en los demás ámbitos de tu vida, pero te convertiste en alguien que solo quería trabajar para ganar dinero. Y no entiendo cómo pasó, nunca creciste rodeado de lujos e intentamos que supieras valorar las cosas sencillas de la vida que son las que le dan sentido. A pesar de la muerte precoz de tu padre, siempre estuvimos a tu lado. ¿Cuántos amigos tuviste que siempre estaban solos en casa o en la calle porque sus padres venían tarde de trabajar y apenas los veían el fin de semana? Nosotros no fuimos solo «padres de fin de semana».

Ese debería ser el mejor tesoro que hayas tenido y la mejor y mayor lección que debiste aprender, pero tus prioridades materiales y banales pudieron contigo y te olvidaste de tu mujer y tu hija. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Te has perdido los últimos años de la vida de tu hija y ahora que es una adolescente ni te das cuenta de que ha crecido. Tú todavía puedes disfrutar de Carla. Tu padre, por desgracia, no pudo disfrutar de ti todo lo que hubiera querido. Tú puedes y no quieres. Él quería y no pudo.

»Cristina ya no sabía cómo hacértelo ver. Marcharse fue lo último que se le ocurrió para que te dieras cuenta de que la vida que llevabas no era la mejor. Y la crisis... bueno, gracias a la pérdida de la empresa te has visto obligado a parar y a reflexionar sobre todo ello. ¡No hay mal que por bien no venga!

»Recuperar lo que has perdido no te será fácil, pero tienes que *hacer* algo. Cuando tu padre dejó este mundo no esperé soluciones, todo lo contrario, las tuve que crear y apañármelas para salir adelante. ¡Y lo sabes! Te podría decir que hicieras con tu vida lo que quisieras, pero eres mi hijo. Sal y reflexiona sobre lo que te he dicho, pero piensa que tienes que cambiar tu forma de pensar, de sentir y de vivir. La felicidad se la tiene que ganar uno mismo, hijo, pero no con dinero, sino con amor y dedicación.

Carlos salió de casa, avergonzado por las palabras que acababa de oír. Sabía que su madre tenía razón. Estaba claro que tenía que hacer algo, no únicamente para recuperar a su familia, sino para mejorar como persona. Tenía que descubrir cómo y por qué había cambiado. Había creado la empresa para vivir mejor, pero lo que había conseguido era todo lo contrario. No había sabido compaginar las dos cosas que hasta entonces eran lo más importante: su familia y su trabajo. Es más, había priorizado únicamente la segunda.

Se dio cuenta de que el camino seguido no era el correcto y pensó que aquello era un buen inicio para encarar el reto de escribir el libro. Así le serviría para reflexionar sobre lo que había ocurrido y darse cuenta de los errores que había cometido. El libro trataría sobre su

vida, de cómo había llegado a aquella situación en la que ahora se encontraba y cómo podía recuperar a su familia, su estabilidad laboral, etc. Por culpa de conseguir el éxito empresarial había perdido su familia. Seguro que había otras personas que trabajaban tantas horas como él y su libro podría servir para abrirles los ojos... Era la primera vez que Carlos reconocía que había sido adicto al trabajo. Su experiencia podría ayudar a otras personas que tuvieran el mismo problema, u otros relacionados con las drogas, el alcohol o el tabaco, y que por su culpa estuviesen a punto de perder o habían perdido ya a su familia.

Volvió a casa de su madre, contento de tener algo con lo que comenzar a escribir, la abrazó y le dio las gracias por la bronca que le había pegado horas atrás.

Al día siguiente llamó a Cristina, para poder hablar con ella, y quedaron en una cafetería.

—Cristina, estos años no he sido la persona que conociste en la universidad. Me he dado cuenta de que sin vosotras mi vida tiene un vacío que es difícil de llenar. Te he pedido vernos para decirte que quiero rehacer mi vida y lo primero que tengo que hacer es saber lo que quiero y sobre qué pilares quiero reconstruir mi vida. Os quiero recuperar y...

—Carlos, me parece muy bien lo que estás diciendo, pero debes entender que ahora mismo todos debemos saber qué queremos y cómo reorientar nuestras vidas. Llámame para quedar y decirme lo que me has dicho no me sirve de nada cuando los últimos años no demostraste que te importáramos demasiado.

—Solo te pido que me des tiempo.

—No es solo cuestión de tiempo o de tomar conciencia, Carlos. Se trata de cambiar. Y si no veo cambios importantes, no volveremos a vivir bajo el mismo techo. Tu madre, tu hija y tu mujer te necesitábamos y tú no nos hacías ni caso. Tienes lo que te mereces. Siento decirte estas duras palabras, pero debes aceptar la realidad. No estoy dispuesta a arreglar nada si no hay un cambio radical. Tu actitud de no pensar

en tu familia y solo en ganar dinero y en cómo gastarlo es el egoísmo más absurdo que existe, al igual que sustituir el amor de la familia por tu trabajo, tu coche, tus comidas y tus caprichos.

Cristina se calló y quedaron unos segundos en silencio.

—Quería decirte también que escribiré un libro.

—¿Qué?

—Sí, he decidido que para aclararme escribiré un libro acerca de mi vida y cómo cambié una vez creé la empresa. Escribirlo me ayudará a descubrir en qué debo mejorar, por qué y para qué. He decidido dar este paso porque me he dado cuenta de que no he actuado correctamente y que hay aspectos que debo cambiar. Cambiar es difícil, pero tengo mucho a ganar, más aun habiendo perdido tanto. Hace unos días, mientras estaba sentado en uno de los bancos que hay cerca de la orilla del lago, un desconocido me propuso escribir un libro con el fin de encontrar una solución a mi situación.

—¿Que un desconocido te propuso qué? ¿Y quién era?

—No lo sé. Se llama Jaime y me dijo que me estaba buscando y que quería ayudarme. Supo que había cerrado la empresa.

—Bueno, quizás sepa el camino equivocado que escogiste.

—Sea quien sea, he decidido dejarme ayudar y escribirlo. Una vez lo tenga escrito tengo que llamarlo y entregárselo, porque lo publicará.

—No me hubiera imaginado nunca que me dirías que te pondrías a escribir un libro.

—Ya te he dicho que quiero cambiar y corregir todo lo que no he hecho bien estos años. Y si para recuperaros he de escribir el libro, lo haré. Jaime me dijo que las oportunidades hay que aprovecharlas; el reto de escribirlo es una oportunidad que tengo que aprovechar. Como mínimo tengo un objetivo a realizar.

—Carlos...

—Cristina, solo te pido tiempo para corregir y...

—¿Ser felices como al principio?

—Exacto.

—Pues escribe el libro y ya hablaremos.

Carlos la invitó a ir con Carla el sábado a la barbacoa, pero Cristina dijo que no podía ser, que tenían cosas que hacer. Cuando Cristina se fue, Carlos se quedó en la cafetería, cogió una servilleta de papel y comenzó a escribir algunas ideas que le vinieron a la cabeza para el libro que tenía que escribir.

Capítulo 8

Carlos y su madre llegaron a las doce a casa de los vecinos para ayudar en la preparación de la barbacoa. A aquella hora ya habían llegado unas veinte personas entre familiares, amigos y otros vecinos. Y, por supuesto, había carne, mucha carne tierna y sabrosa. Seguro que nadie se quedaría con hambre. Más que una barbacoa era una fiesta y cada vez que Ramón la organizaba se superaba. Esta vez, además de la decoración que siempre ponía en el jardín, había encargado también unas camisetas que regaló a todos los invitados en las que ponía la frase: «He venido a comer carne».

Carlos vio a algunos de sus antiguos compañeros de colegio y los fue a saludar. Uno de ellos era Óscar, que se había comprado una casa en el mismo barrio. Años atrás se había licenciado en Administración y Dirección de Empresas, había cursado un máster en Marketing y se había casado. Es decir, había hecho lo mismo que Carlos con la diferencia que Óscar llegaba a casa a las seis y media de la tarde o incluso más temprano algunos días. Carlos le preguntó cómo lo conseguía y él le respondió que su familia era lo más importante y que el secreto era saber organizarse y ponerse el objetivo de terminar del trabajo a una hora concreta.

En aquel momento Ramón pidió ayuda para comenzar a preparar el fuego. Óscar y Carlos se sumaron al grupo de voluntarios.

A Ramón le encantaba organizar barbacoas, pero lo que más le gustaba era tener aquella casa llena de gente con la que poder conversar, comer y pasarlo bien. Siempre decía que dinero quería el justo para vivir, pero que no le faltara carne para sus barbacoas.

Media hora más tarde llegó Luisito con su mujer e hijos. Era bajito y de ahí el nombre. Se puso muy contento al ver a Carlos, al que hacía tiempo que no veía, y estuvieron charlando animadamente mientras preparaban el carbón y la carne.

Comenzaron a comer sobre las tres de la tarde. Carlos se sentó en una de las puntas de la gran mesa, con el grupo que había conocido durante la preparación de la barbacoa. Al otro lado de la mesa, su madre se sentó con algunas vecinas y la mujer de Ramón. Se dio cuenta de que María hablaba con todo el mundo y que era muy querida por sus vecinos.

A partir de las ocho de la tarde comenzaron a recoger todo el dispositivo: mesas, sillas, platos, vasos, etc. Todos ayudaban y así iban más rápido. Carlos le dijo a Luisito que estaba muy contento de verlo de nuevo y que podían quedar para verse y charlar de todos aquellos años. Luisito aceptó. Una vez todo estuvo recogido, Carlos y su madre se marcharon a casa, no con las manos vacías ya que se llevaron carne que había sobrado, como el resto de invitados.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, mientras iba a dar su vuelta al lago como cada mañana, Carlos se detuvo ante el quiosco de Paco y le explicó que iba a escribir un libro.

—¿Ah, sí? Yo conozco un escritor. Quizás te pueda echar una mano.

—¿Cómo se llama?

—Jorge Andrades. ¿Te suena?

—Pues no.

—No me extraña, hay tanta gente que escribe ahora.

—¿Le podrías decir si puede darme algún consejo?

—Hablaré con él. Mejor dicho, lo llamaré ahora.

Paco cogió el teléfono y en menos de un minuto Carlos tenía una cita con Andrades para el próximo martes.

—Muchas gracias por la llamada.

—De nada, me debes un favor —le dijo Paco sonriendo.

El martes Carlos se encontró con Jorge y le puso al día de su situación y del reto que había aceptado con Jaime, su ángel.

—Creo que todo escritor tiene algún motivo para escribir —le dijo Jorge.

—¿Y cuál fue el tuyo? —le preguntó Carlos.

—Yo empecé a escribir a los treinta y cinco años a razón de un accidente de moto que tuve en la autopista. Siempre había pensado que llegaría a los cien años, por aquello que dicen que cada vez vivimos más, pero desde aquél día entendí que la muerte podía llamarme

en cualquier instante. Me di cuenta de que la única victoria sobre la muerte es que te lean. Ahora tengo cincuenta y un años y dieciséis libros publicados.

—Caramba, uno por año.

—Sí, este es otro reto.

—¿Y no te costó al principio?

—Escribir es un arte que debes aprender a dominar poco a poco, sin prisas. Es importante tomarte tu tiempo para dar forma a tus obras. En mis libros quería plasmar, y lo continué haciendo, mi forma de pensar, de ver la realidad, compartir mis inquietudes con mis lectores.

—Paco me explicó que has tenido bastante éxito.

—Sí, mis obras han sido traducidas a varios idiomas y se venden en toda Europa. Escribir me ha hecho más rico, pero no en dinero, sino en conocimiento. Me refiero a la riqueza literaria. Además, he conocido a otros escritores y artistas y aprendo muchísimo de ellos. Cada día puedes aprender cosas nuevas si tienes ganas de aprender. Cuando llega el momento en el que crees que no puedes aprender nada más, envejeces. Aprender significa continuar siendo joven.

—¿Y para aprender a escribir qué se necesita? ¿Qué características debe tener un escritor?

—Quizás te parecerá una tontería, pero para aprender a escribir hace falta saber leer. Solo si sabes leer verás si lo que estás escribiendo persigue tu fin. ¿Escribes para algo, no? Hay quienes son autodidactas, aprenden por sí solos, pero han sabido observar, estar atentos.

—Yo no sé nada de técnicas de escritura o estructuras literarias.

—Lo primero que debes tener claro es por qué escribes.

—Yo quiero mejorar como persona, como marido, como padre, como hijo... He cometido errores que debo corregir.

—En tu caso, la escritura deberá ser tu espacio de reflexión, de redefinir tus valores y objetivos en la vida. Busca la motivación para escribir y disfruta con lo que estás haciendo. No escribas para ganar dinero o vender muchos libros, sino para cumplir tu objetivo de escribir un buen libro. Y para ello no hace falta tener talento, sino saber qué

quieres dejar por escrito, para qué lo estás haciendo, para quién, qué pretendes... Pon los cinco sentidos en escribir tu libro. Siente lo que estás escribiendo. Si quieres cambiar tu vida y mejorarla, conviértete tú en el protagonista de tu libro.

—Me lo pintas muy bonito.

—Puede ser, pero no hay fórmulas mágicas para escribir. Si el libro habla de ti, de tus errores, de tus propuestas de mejora, eso quiere decir que el libro está hecho, lo tienes en tu cabeza y lo tienes que dejar salir. Piensa y reflexiona cómo quieres que sea. Tómate tu tiempo. Planifícate y no tengas prisas en acabarlo, porque seguro que te dejarías cosas. Por otro lado, no quieras llenar páginas con contenido vacío. La cantidad de páginas no hace bueno a un libro, sino lo que transmite y cómo lo transmite el escritor.

—¿Y por dónde debería empezar?

—Yo buscaría un lugar dónde puedas concentrarte y que te ayude a pensar. No te desanimes si algún día no sabes cómo continuar el relato o no encuentras las palabras adecuadas. En este caso, tómate un descanso, vete a pasear, ve a la cocina y tómate un vaso de agua o come fruta, pero sobre todo, debes ser constante. Prioriza en tu mente pensar en él, en lo que quieres plasmar, pero recuerda que para escribir un libro hay que ser valiente. Un libro no se escribe en veinticuatro horas, pero está al alcance de todos. Hay muchos escritores actuales que han tenido primero otras profesiones y ahora se dedican, además, a escribir. Y qué decirte de periodistas, políticos, deportistas, etc. Y yo mismo soy un ejemplo. Mira, te he impreso esta hoja con estos y otros consejos para los escritores noveles como tú. Seguro te servirán para escribir tu obra.

Carlos cogió la hoja de papel y le dio un vistazo.

—Te recomiendo que lo leas dos veces antes de ponerte a escribir
—le dijo Jorge.

—Sí, lo haré. Tus consejos me serán de gran ayuda. Muchas gracias.

—Todavía te queda mucho camino antes de haberlo finalizado. Si te parece bien, en cuanto tengas un primer esbozo de la obra, me lo

envías. De momento lee las recomendaciones de la hoja que te he dado y empieza a pensar en aspectos fundamentales de tu libro.

—De momento sé sobre qué quiero escribir, me falta ver cómo enfocarlo.

—Bueno, yo comenzaría por un argumento original que mantenga la atención del lector en el texto. Éste debe tener ganas de pasar de página y saber qué pasos has seguido para conseguir el objetivo de recuperar a tu familia, por ejemplo. Una vez lo tengas acabado, para ti podrá ser un buen libro, pero si realmente quieres ayudar a otras personas, debe hacer reflexionar al lector. Y si es necesario exagerar según qué situaciones, pues adelante.

—De acuerdo. Lo positivo es que no parto de cero, tengo material para escribir, porque partiré de mi experiencia personal y profesional.

—Me acuerdo que antes no salía de casa sin mi bolígrafo y un bloc de notas para anotar las ideas que me venían a la cabeza. Ahora utilizo el móvil para apuntármelas. ¡Las ideas pueden venir en cualquier momento, créeme!

—Seguiré tus consejos.

—Lo primero que debes hacer es preguntarte: ¿Cuál es mi intención? ¿A quién se dirige? ¿Cuál es el contexto? ¿De qué tema trata? ¿Cómo lo voy a enfocar?

—De acuerdo.

—¿Has pensado en quién te lo va a publicar?

—Sí, de eso se encarga una persona que conocí hace unas semanas.

—¿Es editor?

—No lo sé, es una larga historia. Pero me pagará los gastos de edición y publicación.

—Entonces ya tienes mucho ganado, pero primero, escribe el libro. Luego déjame leer, para que te diga qué me ha parecido. Cuando comencé a escribir no tuve a nadie que me diera ningún consejo. Por ello, cuenta conmigo para echarte una mano.

—Ya lo estás haciendo y te lo agradezco muchísimo.

—Solo te pido que me regales un ejemplar y que me escribas una dedicatoria.

—Eso está hecho.

Carlos llegó a casa de su madre, se sentó en el sofá y comenzó a leer aquellas indicaciones que Jorge le había entregado.

Aspectos a tener en cuenta para escribir un libro y no morir en el intento:

1. Pregúntate: ¿PARA QUÉ ESCRIBIR EL LIBRO?
Escribe los motivos que te han llevado a escribirlo.
2. ¿Qué MENSAJE quieres transmitir al lector? SÉ CLARO. Es importante que el lector lo entienda a la primera. Intenta EVITAR CANSAR al lector. Cuenta lo imprescindible, evitando descripciones muy detalladas, para que el lector comprenda la historia y se sitúe en ella.
3. Selecciona el GÉNERO: novela, poesía...
4. ESTRUCTURACIÓN de la obra: tipo de narrador, espacio en el que se desarrolla la acción, tiempo o época, división por capítulos...
5. ¿Qué PERSONAJES aparecerán?
6. ¿Lenguaje utilizado?
7. ¿Público destinatario?
8. SÉ CONSTANTE en tu tarea de escribir, pero no olvides descansar la mente. Desconecta de vez en cuando. Escribir es como conducir.
9. Un libro no se escribe de una tirada, lleva su tiempo. Debes tener paciencia. Por lo tanto, no quieras acabarlo rápidamente.
10. Elimina aquello que se repite, excepto la idea o ideas principales.
11. De vez en cuando lee lo escrito y haz los cambios que creas oportunos. Una vez lo hayas hecho, descansa unos días y vuelve a leerlo otra vez por si falta o sobra alguna cosa.

Los consejos de Jorge serían su punto de partida para su aventura literaria. Por otra parte, había comprendido que el Carlos de los últimos años no era lo que fue tiempo atrás. Aquel Carlos cariñoso, familiar y próximo tenía que volver de alguna manera. Tenía claro que en

su libro quería exponer su experiencia y así recuperar su anterior vida, la que daba sentido a las cosas sencillas y le hacía ser feliz de verdad.

Cogió un póliz y comenzó a escribir:

Quiero escribir el libro para:

- *Recuperar a mi familia.*
- *Mejorar como persona, como hijo, marido y padre.*
- *Corregir mis puntos débiles.*
- *Fortalecer los valores que dan el verdadero sentido de la vida.*
- *Reconducir mi vida, porque la que llevaba me provocó perder lo que más quiero.*
- *Volver a ser el Carlos que fui.*
- *Ayudar a otras personas.*

Una hora más tarde su madre llegó a casa.

—¿Cómo te fue el encuentro con el escritor?

—Fenomenal, me ha dado muchos consejos y recursos para poder empezar. Ahora tengo claro lo que quiero: que el lector reflexione sobre lo que estoy contando. Que a través de mi vivencia reflexione sobre aquellos errores o equivocaciones que probablemente esté cometiendo. Nunca me había planteado escribir un libro y parece ser que puede ser la solución a mi situación.

—Creo, hijo, que escribir no es tan difícil como parece. Lo difícil es ser leído. Con tantos libros que hay en las librerías...

—Estoy de acuerdo. ¡A ver si lo consigo!

—Ya verás como todo irá bien y escribirás un buen libro.

—Gracias por animarme.

Después de cenar Carlos subió al estudio y vio que en la mesa había una bolsa con un paquete en su interior.

—¿Qué es esto, madre? —le preguntó asomándose por la escalera.

—Ábrelo, es para ti.

Era un ordenador portátil.

—Pensé que lo necesitarías para escribir tu libro. No es un regalo, espero que con los primeros beneficios me pagues lo que me ha costado el ordenador —le dijo sonriendo.

A la mañana siguiente, Carlos se levantó, desayunó y se puso a escribir un posible argumento e hizo una lista de las palabras que quería que apareciesen en su obra: «Familia, trabajo, prioridades, felicidad, valores...». Si tenía que ser un libro que le ayudara personalmente, tenía que ser sincero y partir de su experiencia, sobre todo la más reciente.

Pasadas tres horas, salió a correr y, por la tarde, volvió a su tarea literaria. Parecía un reto imposible, pero a medida que escribía, más ideas le venían a la cabeza. Las conversaciones con su madre, mujer e hija, con los vecinos y conocidos el día de la barbacoa, con Paco y, sobre todo con Jorge, le ayudaban a encontrar las palabras adecuadas a lo que quería dejar por escrito.

Capítulo 10

Una tarde, para hacer un descanso, abrió una caja de las que se había llevado de su despacho al cerrar la empresa. Encontró un portafolios con los listados de sus trabajadores, directores, etc. Le vinieron a la mente recuerdos de situaciones vividas con ellos y de las historias que le explicaba Pedro, uno de sus directores. Pensó que sería una buena idea llamarlo y saber cómo le iba la vida.

—¿Diga?

—¿Pedro? Soy Carlos. ¿Cómo estás?

—¿Carlos? ¡Qué sorpresa!

—Te llamaba para saber cómo te iban las cosas.

—Estas últimas semanas han sido una locura. ¡Aunque he tenido suerte! Un primo que tiene una empresa de componentes del sector automovilístico me fichó para el departamento de *marketing* nada más quedarme sin trabajo. Trabajo muchas horas, pero el sueldo y la buena vida compensan.

—Oye, ¿nos vemos un día de estos?

—Imposible. Mañana cojo el avión a Múnich y no volveré hasta dentro de dos semanas. Ya encontraremos un hueco más adelante. ¿Y tú, cómo estás?

—Voy tirando. La relación con Cristina no iba bien por mi culpa y ahora estoy viviendo en casa de mi madre y ¡escribiendo un libro!

—¿Qué dices? ¡No me lo creo! ¿Y de qué trata?

—De mi vida, de las prioridades que tenía, de cómo solo pensaba en trabajar y de todo lo que perdí.

—Caramba, muy motivador no parece.

—En realidad lo que quiero es mostrar que trabajar tanto como lo hacíamos no sale a cuenta.

—Bueno, ya sabes que si quieres conseguir el éxito, debes trabajar duro.

—Sí, pero ¿tienes tiempo para ti, para tu familia y tus hobbies?

—Hace un par de semanas me separé de Marta. Me dejó porque decía que no le dedicaba tiempo y no hacíamos nada juntos.

—Pues yo quiero recuperar a mi mujer y a mi hija. Son lo más importante en mi vida y quiero recuperarlas. Para eso estoy escribiendo el libro. Para ser feliz no hace falta tener tanto dinero ni hace falta trabajar tantas horas.

—Uy, ¡este no es el Carlos que yo conocí! ¿Dónde has guardado los proyectos y sueños que tenías?

—Ahora mi principal proyecto es escribir el libro y recuperar a mi familia.

—Vaya, que sustituyes el psicólogo por escribir un libro.

—Pues sí. Y estoy decidido a que sea un libro de ayuda para gente que solo piensa en trabajar y vivir rodeado de lujos. Yo creía que con dinero podía comprarlo todo, incluso la falsa felicidad que vivíamos.

—Habla por ti, Carlos, yo era y soy muy feliz.

—Yo antes también pensaba serlo. Pero, era consumista, no feliz. Cuanto más tenía menos feliz era. Y cada vez quería más. Antes no me daba cuenta, pero ahora sé que antes de *tener* debes *ser* y *sentir*.

—Para con ese rollo. Cada uno vive su vida como quiere. Tú escribe tu libro, que yo me voy a Múnich.

—Solo quería decirte que me he dado cuenta de que la vida puede ser mucho más rica y no me refiero a nivel económico, sino a nivel personal.

—Carlos, ya nos veremos.

A Carla, como a su madre, le apasionaba leer. Cada día por la tarde iba un rato a la biblioteca que quedaba enfrente de la casa de sus abue-

los, donde ahora vivían, y hasta pertenecía a un club de lectura junto con otros adolescentes. Al llegar a casa, Carla dejaba su mochila encima de su escritorio, daba de comer a sus dos hámsteres y ordenaba su habitación. En ella tenía un frasco con conchas que había recuperado de su antigua casa. Al mirarlo, le venían a la cabeza los buenos recuerdos de aquellos sábados en la playa, con su padre y su madre juntos, en los que cogían conchas de todos los colores y tamaños. Luego las lavaban y las ponían en frascos de plástico con la fecha en que las habían recogido. Después comían de picnic y a media tarde volvían a casa para ver una película.

Una tarde Carla recordó que debería haber otros frascos con conchas y le preguntó a su madre dónde estaban.

—Los otros frascos están en casa de la abuela María. ¿Para qué los quieres?

—Quería juntar todos los frascos y ver las conchas que recogimos años atrás. Papá y tú me ayudabais a limpiarlas y clasificarlas. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, hija. Se los pediremos a la abuela, ¿de acuerdo? Salgo a buscar el pan, vuelvo enseguida.

—De acuerdo.

Unos minutos después que Cristina se fuera a la panadería, su teléfono móvil sonó. Se lo había dejado en el mueble del comedor. Carla vio que la llamada era de su padre.

—¿Papá?

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—¡Muy bien! Qué contenta estoy que hayas llamado.

—¿Cómo van los exámenes? Seguro que te estás esforzando mucho.

—Gracias por el interés. De momento van muy bien. ¡Mamá me dijo que estás escribiendo un libro!

—Sí, necesito escribir qué siento, qué quiero hacer con mi vida, dejar por escrito cuánto os quiero y lo poco que os lo he demostrado.

—Qué bonito, papá, ya verás cómo lo conseguirás.

—Gracias, Carla.

—Una cosa, papá, ¿en casa la abuela has visto los frascos de conchas que cogíamos en la playa? ¿Te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! Le preguntaré a la abuela si sabe dónde están. ¿Está tu madre?

—No, ha salido a buscar el pan. No tardará en llegar.

Al cabo de unos segundos llegó Cristina. Vio que Carla estaba hablando por su teléfono y ésta le dijo que era papá, que quería hablar con ella.

—Dime, Carlos.

—Hola Cris, ¿cómo estás? He hablado con Carla y me ha dicho que no estabas en casa y necesitaba hablar contigo. A medida que escribo el libro me doy cuenta de que me he equivocado en muchas cosas, pero mi mayor equivocación fue con vosotras. También me estoy dando cuenta de que todo lo que me decías tenía sentido, y yo estaba ciego, obsesionado con mi empresa. Pero ahora me siento con fuerza e ilusión por volver a vivir aquellos maravillosos años y ser el marido, el padre y el hijo que era. Os he decepcionado una vez y no quiero que se repita.

—Carlos, las palabras son muy bonitas, pero mejores son los hechos.

—Lo entiendo. Te demostraré que he cambiado.

Capítulo 11

Al cabo de una semana, Carlos tuvo preparado un esbozo del libro y se lo envió a Jorge. En total ocho páginas en las que figuraban la estructura por capítulos, el argumento general y las ideas de cada capítulo. Al cabo de un par de días, Jorge le contestó que iba por buen camino, pero que debía profundizar más en la caracterización de los personajes, en el espacio en el que se desarrollaba la acción y en el porqué del libro.

Carlos siguió con su nueva rutina. Por las mañanas, después de desayunar, dedicaba un par de horas a escribir y no salía de su habitación sin una libreta y un bolígrafo por si le venía alguna idea fugaz. Alguna vez, incluso se ponía a escribir sin desayunar y no salía hasta al cabo de un rato o hasta que su madre le insistía que comiera algo. Al mediodía, antes de comer, iba a correr un rato y después se duchaba y preparaba la comida junto a su madre. Comentaban las noticias mientras comían y luego, mientras su madre hacía la siesta en el sofá del comedor, él se encerraba de nuevo en su habitación para seguir trabajando. Carlos estaba decidido a escribir un buen libro.

Alguna tarde iba a ver a Paco y le comentaba cómo iba avanzando. Se sentía diferente. Después de años de tener la cabeza solo en su empresa, notaba que algo había cambiado. Cada vez se sentía más libre y más contento de que se hubiese producido el desastre con la empresa, pero cada vez echaba más de menos a Cristina y Carla.

Una tarde había quedado con Luisito y le explicó todo lo sucedido.

—Lo más importante lo tenía cada mañana a mi lado y lo fui perdiendo poco a poco, cegándome el trabajo y mis ansias de hacer más grande la empresa que había creado.

—Cuando perseguimos sueños muy grandes a veces nos hacen olvidar aquellos sueños u objetivos más fundamentales, como son cuidar nuestra familia y estar con ella. Yo creo que te cegó tu actitud egoísta y materialista. Si Cristina no hubiese decidido irse temporalmente y la empresa no se hubiese ido a pique, creo que habrías continuado igual o peor. Dicen que no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos o nos abandona.

—Y es verdad. Yo solo quería vivir bien...

—¿A costa de perder a tu familia? Personalmente me parece una tontería trabajar tanto y dejar de lado a tu mujer, tu hija, tu madre o tus amigos. Pienso que las personas deberían ser valoradas por lo que aman y no por lo que tienen. ¿Te has preguntado alguna vez cuánto pagaría tu hija por estar una hora con su padre?

—Carla se lo preguntó una vez a Cristina...

—¡Imagínate! ¿Cuando nació, qué te vino a la cabeza? ¿Trabajar todo el día o estar con ella, darle cariño y comértela a besos?

—Las cosas no son tan fáciles como parecen.

—De acuerdo, pero si las personas actuaran y vivieran según sus necesidades vitales, no nos harían falta tantas cosas. Abre los ojos. Lo material tiene una función, valorémoslo entonces solo por ello. Por ejemplo, ¿acaso alguien te obligó a comprarte el Audi A6? Al trabajo puedes ir igual con un coche que con otro. Con lo que debería costar el tuyo, seguro que habrías podido proveer a algún comedor social durante mucho tiempo. ¿Porque lo sabes, verdad, que hay gente que no tiene ni para comer?

—Pues claro.

—Carlos, tu mujer y tu hija quieren pasar tiempo contigo, no que malgastes tu vida trabajando para comprar cosas que no necesitan.

—Empiezo a darme cuenta de ello. Las echo tanto de menos...

—Claro, como te decía antes, cuando perdemos a alguien nos da-

mos cuenta de que ser amado es uno de los tesoros más bellos, espectaculares e impactantes que existen. El que ama y es amado no tiene nada que envidiar.

—Pensaba que el mayor éxito en mi vida sería lograr crear un gran imperio, pero he descubierto que estaba equivocado. Espero que no sea demasiado tarde para recuperar lo que de verdad me importa.

—Mira, te voy a enseñar un texto que me enviaron hace unos días. Luisito buscó el escrito en su teléfono y lo compartió con Carlos:

Un periodista le hizo una entrevista a un sabio y le preguntó:

—¿Qué es lo que más le sorprende de los hombres y mujeres de nuestra sociedad?

El sabio respondió:

—Que se aburren de ser niños y quieren crecer rápido, para después desear ser niños otra vez. Que malgastan la salud para hacer dinero y después pierden el dinero para recuperarla. Que anhelan el futuro y olvidan el presente, y así no viven ni una cosa ni la otra. Que viven como si nunca tuvieran que morir y mueren como si nunca hubieran vivido.

El periodista se quedó en silencio un rato y le preguntó:

—¿Y cuáles son las lecciones de vida que querría que sus hijos aprendieran?

Con una sonrisa, el sabio respondió:

—Que lo más valioso en la vida no es lo que tenemos, sino a quien tenemos. Que una persona rica no es quien tiene más, sino quien necesita menos. Que con dinero podrán comprarlo casi todo menos la felicidad. Y que quien no valora lo que tiene, algún día se lamentará por haberlo perdido.

Si quieres ser feliz, haz feliz a alguien; si quieres recibir, da un poco de ti, rodeate de buenas personas y sé una de ellas.

—Carlos, en la vida hay cosas más importantes que el dinero. Mejor dicho, lo importante de la vida no son las cosas, son los momentos,

las emociones, los recuerdos... Si quieres formar parte de la vida de Carla y Cristina, haz lo imposible por volver a estar con ellas. El verdadero éxito es saber aquello que te hace feliz y luchar por conseguirlo. Y compaginar familia y trabajo es otro éxito, a mi entender.

—Sí, tienes razón. Lo malo no fue crear la empresa, sino tener otras prioridades antes que mi familia. No supe compaginar mi vida laboral con la familiar. Fallé en mi obsesión por ganar dinero y por priorizar solo la empresa. ¿Sabes cuántas veces me he repetido últimamente lo equivocado que estaba al pensar solo en el trabajo y en el dinero? Ahora tengo una oportunidad que no debo dejar pasar.

—Dicen que de vez en cuando hay que perderse para encontrarse. Si aceptas que te has equivocado y que has cometido uno de los mayores errores de tu vida, comienzas bien. ¡Después del fracaso solo puede haber éxito! No te rindas. Y, para tu libro, plantéate en serio para qué trabajabas tanto. Pregúntate qué querías hacer o hacías con tanto dinero, qué podrías haber hecho... Por otro lado, ya sabes que disponemos de un bien escaso, el tiempo. Recuerda que el tiempo más valioso es el que destinas a los demás y, sobre todo, no olvides a tu madre. Ella te trajo al mundo, no lo olvides. Haz que se sienta orgullosa de ti. ¿Crees que ella, Cristina o tu hija lo están?

—No lo creo. No les he dado motivos para ello.

—¿Recuerdas algún momento en el que Cristina te iluminaba con su sonrisa, por ejemplo?

—Cuando le regalaba una rosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no le regalas ninguna?

—Uf, hace años.

—¿Y por qué no lo haces? Las relaciones hay que cuidarlas, Carlos, alimentarlas y dedicarles tiempo. Si no, se marchitan. Regálale una rosa a Cristina y verás como consigues una sonrisa más valiosa que todo el dinero que puedas obtener con tu trabajo.

—Lo probaré.

—¿Te puedo preguntar algo? ¿Qué te daba el trabajo para que le dedicaras prácticamente todas las horas del día?

—Mi padre murió cuando yo solo era un niño. Quería demostrar a mi madre que era tan válido como él y por eso mi sueño era construir un imperio.

—Entiendo, pero ese sueño que comentas te hizo destruir un proyecto mucho mejor y más importante: tu familia. Además, tu valía no se demuestra solo con lo que consigues con tu trabajo.

—Ahora lo sé.

—Carlos, amigo mío, el amor de una madre, de una esposa, de una hija o de un amigo es lo más extraordinario que existe. Mucha gente cree que con dinero podrá encontrar la felicidad, pero el dinero nunca te la dará. Yo creo que el verdadero fracaso del ser humano es sustituir el amor por el dinero. ¿Sabes qué decía Tolstoi? «Mi felicidad consiste en que sé apreciar lo que tengo y no deseo con exceso lo que no tengo».

Luisito hizo una pausa.

—No te lo he dicho antes, pero años atrás yo también creé una empresa desde cero.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando la creé tuve en consideración dos factores: si tendría beneficios económicos y si tendría tiempo libre para estar con mis hijos. Desde el primer día me propuse salir del despacho a una hora determinada y no he dejado de cumplirlo para disfrutar al máximo de ellos. Porque si he querido tener hijos es para estar con ellos. Las claves de todo lo que hemos estado hablando son bien sencillas: tener claras las prioridades y saber organizarse el tiempo.

—Tienes razón.

—Por cierto, resérvame un par de ejemplares.

—Por supuesto.

Se despidieron y Carlos fue a su casa a continuar con su tarea. Al llegar, su madre estaba durmiendo en el sofá del comedor. La contempló y se alegró de ser su hijo. Intentando no hacer ruido, se preparó un café en la cocina y subió a su habitación a continuar escribiendo. Encima del escritorio, junto a su ordenador, tenía una foto de Cristina y Carla juntas, de uno de tantos días que habían ido al lago. La cogió y se las

quedó mirando fijamente. La dejó donde estaba y pulsó el botón de encendido del ordenador. Minutos después, sus dedos bailaban sobre el teclado.

Capítulo 12

Ahora que vivían con los abuelos y que el instituto quedaba a veinte minutos en coche, Cristina recogía a Carla al mediodía.

—¿Cómo te ha ido hoy en clase?

—Genial. Hemos hablado sobre el optimismo y de cómo nuestra actitud nos afecta a la hora de resolver algunas situaciones. El profesor nos ha dicho que si tenemos malos recuerdos del pasado, será difícil ser optimista en el futuro. Esto me ha hecho pensar en ti y en papá. Y la verdad es que, aunque últimamente no estaba nunca, me vienen a la cabeza muchos recuerdos positivos. Por ejemplo me acuerdo que, cuando se acercaba la Navidad, íbamos en coche a Barcelona a dar una vuelta por la plaza de la Catedral, cenábamos en el restaurante Fernando y luego comprábamos churros de chocolate. ¡Y también me acuerdo que los tres contábamos los árboles de Navidad iluminados que veíamos en las casas, en los parques o en las tiendas!

—Sí, es verdad.

—Ah, sí, ¡y que me llevabais a la feria en verano! Me lo pasaba muy bien con vosotros. El mejor recuerdo que tengo de pequeña es teneros a mi lado, jugar y reír con vosotros.

Aquellos recuerdos hicieron volver a Cristina a otra etapa de su matrimonio, de su vida. Una época muy diferente de la que vendría años más tarde. Entonces, en aquella época de felicidad descrita por su hija, Carlos trabajaba como jefe de administración en una empresa de derivados del acero. Él decía que no se sentía valorado en su trabajo y que allí de nada le servía el máster que había cursado al finalizar la carrera. Carlos no quería hacer como algunos de sus compañeros, que llevaban

quince años en el mismo puesto de trabajo. Él quería ascender, tenía ambición y por eso decidió crear la empresa, su empresa.

En aquel momento Cristina le dio su apoyo, pero pronto notó que algo cambiaba. Carlos había alquilado un pequeño despacho que poco a poco se convertiría en su segunda casa y más tarde en la primera.

Antes, él podía ir a buscar a Carla al colegio, pero desde que tenía su propia empresa ya no podía hacerlo nunca y su hija lo echaba de menos. Las cosas empeoraron cuando el negocio empezó a crecer. Cuanto mejor iba la empresa, menos veía a su mujer, a su hija, a su madre y a sus antiguos amigos de facultad. A medida que la empresa y su patrimonio crecían, su matrimonio desaparecía. Con el tiempo fue perdiendo también a los pocos amigos que tenía y su círculo de amistades se limitó a los compañeros del trabajo, directores de departamento que también pensaban solo en ganar dinero.

Parecía como si de la noche a la mañana Carlos se hubiera transformado. La ambición se había apoderado de él y solo le interesaba su trabajo. Cristina al principio pensó que aquello sería temporal, ya que sabía que crear una empresa no era sencillo, pero cuando vio que pasaban los meses y los años y su marido se olvidaba de ellas, entendió que aquello no podía tener un final feliz. El bienestar de Carlos solo dependía de conseguir sus objetivos empresariales y cada vez se los ponía más altos.

Un día por la tarde, mientras Carla sacaba cosas de una de las cajas que habían traído de su anterior casa, encontró una foto en la que aparecían los tres a punto de soplar las velas del pastel de su noveno cumpleaños. Se alegró de encontrarla. Era un bonito recuerdo y fue a buscar a su madre:

—¿Sabes si los abuelos tienen un marco vacío para esta foto?

—Espera, creo que en uno de los cajones del mueble del comedor hay uno. Ahora te lo subo.

—¡Gracias!

—Aquí lo tienes. ¿A ver la foto?

—Es de mi noveno cumpleaños. Es el último cumpleaños en el que recuerdo que papá todavía jugaba conmigo.

—De tu padre no tienes muchos recuerdos desde que creó la empresa, ya lo sé, pero piensa en todos los que tienes de antes, cariño.

—Ya lo hago, mamá. Recuerdo cuando íbamos de excursión a la montaña, o los cruasanes calentitos que papá me compraba los domingos...

—Sí, tu padre ponía el despertador a las ocho para levantarse e ir a buscar tu cruasán. ¡A veces, iba medio dormido y más de una vez salía de casa sin peinarse y vestido de cualquier manera! En la panadería ya se lo tenían preparado cuando llegaba, porque sabían que tu padre iba muy temprano a buscarlo. Siempre has sido su niña, cariño, aunque últimamente se haya olvidado de ello.

Capítulo 13

Carlos había iniciado una vida muy diferente a la que llevaba meses atrás. Se habían terminado el estrés, las reuniones interminables, los madrugones, el seguimiento de los proyectos... Y no los echaba de menos. Dedicaba buena parte del día a escribir y ello le hacía ver la luz al final del túnel, un túnel en el que él solo había entrado y del que debía salir rápidamente, pero siendo consciente que tenía que aprender de su experiencia pasada. Su futuro dependería de aquél libro. Y se lo estaba jugando todo a una carta. Mejor dicho, a un libro.

Desde el primer día que comenzó a escribir, supo que no sería una tarea fácil, pero iba a conseguirlo. Además, contar con la ayuda de Jorge, a quien podía llamar si tenía alguna duda, le daba una seguridad extraordinaria. No solo lo ayudaba en temas literarios, sino que también lo orientaba en temas más mundanos y que Carlos desconocía, como la necesidad de solicitar un código ISBN, una especie de matrícula para poder venderlo en librerías.

Después de dedicar mañanas y tardes a escribir, Carlos lo finalizó y lo envió a Jorge para que lo leyera. Dos días después, quedaron para comentar qué le había parecido:

—¡Es muy bueno, felicidades! —le dijo Jorge.

—¿Me lo dices en serio?

—¿Por qué iba a mentirte? Es un libro que me ha hecho reflexionar sobre a qué dedico mi tiempo, mi vida, cómo y con quién quiero vivir mi futuro.

—Me alegra mucho saber que te ha gustado.

—Me ha sido un libro útil y esto es muy importante. Me gusta la idea de formular preguntas al lector al final del libro para que escriba cómo puede mejorar o qué soluciones puede encontrar ante determinadas equivocaciones que haya cometido. ¡Ya lo tienes! Ahora el siguiente paso es corregirlo.

—¿Conoces a alguien que pueda realizar esta tarea?

—Sí, conozco una correctora que trabaja para una importante editorial. Le diré que no te cobre mucho.

—¿Eso es muy caro?

—No te preocupes. El libro no es muy largo, además le diré que eres amigo mío y te hará un buen precio. La llamaré ahora mismo y a ver si nos puede decir un precio aproximado.

Jorge llamó a la correctora y Carlos se dio cuenta de que se conocían de hacía tiempo por la conversación amigable que tenían.

—Me ha dicho que te cobrará ciento cincuenta euros.

—¿Eso es mucho o poco?

—Un regalo. Le he dicho que eres muy amigo mío y que recordara que me debía un favor. Envíale por mail el libro y ella lo corregirá en tres o cuatro días. Acaba de finalizar una corrección y ahora tiene disponibilidad para ocuparse de lo tuyo. Cuando te envíe el texto corregido, lo revisas, modificas las correcciones que te indique y una vez lo tengas todo pulido nos vemos. ¿De acuerdo?

—Ok, perfecto.

Aquella misma tarde, Carlos envió el libro a la correctora, que se lo reenvió al cabo de unos días con todas las correcciones. Ahora Carlos tenía la gran tarea de realizar las modificaciones ortográficas y sintácticas propuestas. Al finalizar dichos cambios, hubo terminado finalmente su libro. Llamó a Jorge y quedaron para verse al día siguiente a las diez de la mañana. Carlos estaba contento de haber hecho realidad su reto.

Cuando Carlos llegó a la cafetería donde habían quedado, Jorge estaba saboreando el café que había pedido.

—Buenos días, Jorge —dijo Carlos.

—¡Hombre! Acaba de llegar el escritor del año —le respondió el aludido.

—¡No digas bobadas!

—¡Debes sentirte orgulloso de tu obra!

—Y lo estoy. Muchísimo.

—Perfecto. Ahora que ya lo tienes escrito y corregido, el siguiente paso es realizar su maquetación e imprimirlo.

—De eso se encargará Jaime, el desconocido que me propuso escribirlo. Me dijo que cuando lo tuviera escrito lo llamara. Me has ayudado muchísimo a conseguir este reto. Siempre te estaré agradecido. Cuando lo tenga te dedicaré un ejemplar.

Para despedirse, Jorge alargó la mano, pero Carlos se adelantó y le dio un fuerte abrazo.

Saliendo de la cafetería, Carlos llamó a Jaime para decirle que había terminado el libro y que lo tenía guardado en el pendrive que le había dado meses atrás. Quedaron ese mismo día a las cuatro de la tarde, en el mismo banco donde se conocieron.

Carlos llegó el primero y le vino a la cabeza el día que se encontraron y la conversación que habían mantenido. Escribir el libro había sido una buena idea y notaba que en su interior corría sangre nueva. Minutos después divisó a Jaime que se acercaba hacia él.

—Buenas tardes, Carlos. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor que el día que nos conocimos. El Carlos que conociste meses atrás ha cambiado gracias a tu propuesta de escribir un libro.

—¿Lo has traído en el pendrive que te dejé?

—Sí, aquí lo tienes.

—Perfecto. ¿Cómo ha ido la aventura literaria?

—Ha sido un reto personal increíble y estoy muy contento del resultado final. En el libro hablo de mi experiencia, de la vida que llevaba antes de crear la empresa, de los errores que cometí y de cómo me encuentro ahora. Me ha servido para mejorar como persona porque, entre otras cosas, me he dado cuenta de por lo que realmente merece la pena luchar. La *escritera* ha funcionado. Nunca hubiera imaginado que escribir un libro me podría ayudar tanto.

—Me alegro. Por lo que veo esta aventura literaria te ha supuesto un gran aprendizaje.

—Por supuesto. ¿Y ahora qué harás con el texto que te he entregado?

—Me iré y no volverás a saber nada más de mí.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Tranquilo, era broma. Dentro de una semana tendrás los ejemplares. Nos encontraremos en esta dirección que te facilito.

—¡Ya tengo ganas de verlo!

—Ya me lo imagino.

Al llegar a casa, Carlos le explicó a su madre el encuentro con Jaime y llamó a Cristina para decirle que la semana que viene tendría el libro. Cristina lo felicitó.

Capítulo 14

Al cabo de una semana, por la mañana, Carlos cogió el autobús para ir a la dirección que Jaime le había indicado en su último encuentro. Jaime lo esperaba enfrente de un local de su propiedad, se saludaron y entraron en su interior.

—Aquí tienes tus libros. Mil ejemplares. ¿Qué te parece? —le preguntó Jaime.

Carlos se quedó sorprendido. El texto que le había entregado se había convertido en un libro. Abrió una caja, cogió un ejemplar y lo estuvo hojeando. Su cara fue de asombro al ver cómo el trabajo de aquellos meses se había convertido en aquella obra. Se emocionó. Estaba claro que tantas horas de esfuerzo, tantas mañanas, tardes e incluso noches habían valido la pena. Le encantó.

—Tendrás que arreglártelas, porque tienes tres meses para venderlos. Una vez los tengas todos vendidos me tienes que dar la mitad del dinero que consigas.

—¿Cómo? ¿Venderlos en tres meses? ¿Y dónde los guardo?

—Cogeremos la furgoneta que hay fuera y los llevaremos donde me digas. Luego comenzará tu nueva aventura.

—¿Por qué haces esto?

—Solo déjate ayudar.

—Me dijiste lo mismo el primer día que nos conocimos, pero ¿dónde pongo tantas cajas? Tendré que llevarlos a casa de mi madre...

Cargaron la furgoneta y se dirigieron a casa de María. Cuando llegaron descargaron las cajas en el comedor y, antes de marcharse, Jaime le recordó que pasados tres meses debía llamarlo para pasar cuentas.

Cuando María llegó, vio en el comedor una gran cantidad de cajas y libros. Carlos salió de su habitación con cajas vacías, tan atareado que ni vio a su madre en el comedor. Cogió dos cajas y las entró en su habitación.

—¿Qué son todas estas cajas, hijo?

—¡Mamá! No te había visto... Ya tengo los ejemplares de mi libro y no tenía dónde dejarlos.

—¡Qué ilusión! ¿A ver cómo ha quedado? ¡Me encanta! ¿Son todas estas cajas que hay aquí en el comedor?

—Arriba hay más. ¡En total tengo mil ejemplares!

—Son muchos ejemplares. ¿Qué vas a hacer con ellos?

—Tengo tres meses para venderlos y la mitad de lo que gane se la tendré que dar a Jaime.

—Pues ya puedes ir pensando cómo lo harás.

Su madre tenía razón, había que pensar en cómo vender tantísimos libros. Después de comer, Carlos estuvo pensando cómo se las arreglaría para conseguir el reto de venderlos todos o, quizás, el máximo número de ejemplares. Por la tarde, llamó a Jorge para decirle que ya tenía los ejemplares.

—Hola, Carlos, ¿qué me cuentas?

—Ya los tengo. Mejor dicho, tengo mil ejemplares en casa de mi madre.

—Bueno, ¿y has pensado a qué precio venderás cada ejemplar? —le preguntó Jorge.

—Creo que un precio atractivo y adecuado sería 9,95€, por temática y extensión. Lo que no domino son los canales de venta de este sector. ¿Me puedes explicar por encima cómo funciona?

—A ver, si el libro lo hubiera editado una editorial, la promoción y distribución las realizaría ella, pero en tu caso, al ser una autoedición, te tienes que buscar la vida para venderlos tú solito.

—Bueno, pues tendré que ponerme manos a la obra desde hoy mismo en dar a conocer la obra. Contactaré con los medios de comunicación y con los responsables de la sección de cultura, por ejemplo.

—En este aspecto, te aconsejo que cuanto menos trabajo les des mejor.

—De acuerdo, les haré llegar media docena de ejemplares de regalo junto con una carta de presentación y una sinopsis de la obra. Lo ideal sería que pudiera conseguir entrevistas para hablar del libro, explicar en qué consiste la aventura de autoeditar y qué beneficios tiene la técnica de la *escritera* *terapia*.

—El comienzo es muy duro porque nunca han oído hablar de ti, pero piensa que lo peor que puedes hacer es no hacer nada y que la mejor publicidad es la que tú mismo hagas, porque eres quien mejor conoce el producto.

—Exacto. No basta que la obra que he escrito sea buena y dé respuesta a las exigencias del lector. La publicidad es un factor fundamental para que un producto tenga éxito. Si quiero conseguir el objetivo de que conozcan mi libro y, en el fondo, vender gran cantidad de ejemplares, tengo que moverme muchísimo. Antes de llamarte he pensado que comenzaré vendiéndolo a familiares, amigos y vecinos de mi barrio.

—Perfecto. No te olvides de contactar con las librerías.

—De acuerdo, así lo haré. Les propondré presentaciones del mismo.

—Bien pensado. Cuando quieras me llamas y me comentas cómo lo llevas.

—Muchas gracias.

Carlos hizo un listado de todas las tareas que tenía que hacer para promocionar su libro. Después llamó a Cristina diciéndole que tenía algo para ellas y quedaron para verse más tarde. Cogió un ejemplar para ella y otro para Carla y escribió una dedicatoria para cada una.

Iban a ser los primeros ejemplares que entregaría.

Cuando Cristina y Carla vieron el libro, se quedaron con la boca abierta.

—Lo has conseguido, Carlos.

—Sí, pero ahora tengo que conseguir dos cosas más: vender mil ejemplares y recuperarlos.

El día siguiente, Carlos salió a la calle y consiguió vender diez ejemplares a algunos vecinos. Estaba contento y helado. En aquella época del año el frío todavía se hacía notar, especialmente por la mañana.

Por la noche su madre le dio una caja envuelta con papel de regalo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Carlos quitó el papel de la caja, la abrió y encontró dos bufandas.

—¡Son preciosas, muchas gracias! —dijo Carlos.

—Hace tiempo que las tengo guardadas. De tu último cumpleaños, que no pudimos celebrar porque tenías trabajo, como de costumbre. Las hice para ti para que te acordaras que tienes una madre que te quiere.

—Mamá, yo... Lo siento. Es un regalo estupendo, gracias. Hace tanto frío que me voy a poner las dos al mismo tiempo.

Carlos llevó ejemplares a varias librerías y les pidió que lo tuvieran a la vista de los clientes. Por otra parte, siguió vendiendo ejemplares a conocidos del barrio. Los consejos de Jorge le fueron de gran ayuda, pero se daba cuenta que la gente de la calle no tenía tiempo para escucharlo, aquello le recordó la vida que llevaba antes: estresado, sin tiempo para nada excepto para el trabajo. Aquello representaba otro aprendizaje y un nuevo reto.

Llegó a la conclusión que para vender más libros debería buscar nuevas estrategias y empezó a presentar su libro a los comerciantes que, como mínimo, si no había clientes, tenían tiempo para atenderlo. Un panadero, un zapatero y el empleado de una tintorería le dijeron que no, pero el farmacéutico le compró un ejemplar y al final del día ya había vendido una docena.

Su principal enemigo era el frío y el escaso tiempo que tenía para cumplir su objetivo, pero se hizo un guión para explicar su situación a los posibles compradores y esta nueva estrategia le dio buenos resultados, así que cada vez vendía más unidades. Se dio cuenta de que

lo mejor que podía hacer era ir a poblaciones que tuvieran muchos comercios para tener más probabilidades de éxito y aprovechaba las mañanas para hacer contactos con los medios y regalarles ejemplares. Algunas librerías y bibliotecas le confirmaron fechas para realizar presentaciones de su libro.

Una tarde, después de dos horas subiendo y bajando calles vendiendo libros, decidió detenerse y sentarse en un banco para descansar y comer una manzana. Instantes después se sentaron a su lado un padre con su hijo. Acababan de comprar un libro para colorear y el niño quería empezar cuanto antes. Le vino a la cabeza cuando coloreaba cuadernos con su hija y decidió llamarla.

—¿Papá?

—Hola, hija, quería saber cómo estabas.

—Bien, ahora mamá me acaba de dejar delante de la academia de inglés. Me vendrá a buscar a las siete y media.

—¿Te gustaría que te viniese a buscar?

—¡Me encantaría!

—Llamaré a tu madre para pedirle permiso.

—Perfecto.

Carlos, una vez colgó, llamó a Cristina.

—¿Carlos?

—Hola, Cristina, he llamado a Carla y me ha dicho que salía de inglés a las siete y media. ¿Te parece bien que la pase a buscar y la lleve a casa de tus padres?

—Ok. Puedes quedarte a cenar con nosotras, mis padres están fuera esta noche. Aprovecharé para ir a comprarle el regalo de cumpleaños. ¿Te acuerdas que el viernes cumple dieciséis años?

—¡Claro que me acuerdo!

—Es que antes apenas te acordabas.

—Ahora soy un Carlos nuevo. Y además ya sé que le voy a regalar a Carla.

—¿Ah, sí? —Cristina se quedó sorprendida al escuchar a su marido.

—La semana pasada hablé con ella y me dijo que le interesaba todo

lo relacionado con las estrellas y los planetas. Creo que le encantará que le regale un telescopio.

—Bien pensado, pero no son baratos. ¿Quieres que se lo regalemos juntos?

—Me parece bien. Puedo encargarlo mañana e ir a buscarlo juntos el jueves.

—¡Perfecto! Por cierto, ¿cómo va la venta de libros?

—Pensaba que sería más fácil, pero cada día vendo unos diez. Mi madre me regaló dos bufandas que me protegen de no resfriarme.

—Una de color azul y otra gris de cuadros.

—Exacto, ¿cómo lo sabes?

—Me las enseñó el año pasado. Me preguntó de qué colores las podía hacer para que combinaran con tu ropa, pero estabas ocupado como siempre y no viniste.

—Me llevé muy mal con vosotras, las personas que más quiero, y no he estado en el lugar que tenía que estar. Me gustaría cambiar el pasado, pero no puedo.

—El pasado nadie lo puede cambiar, pero el futuro sí. Debo colgar, Carlos. Quedamos el jueves para ir a buscar el telescopio.

—De acuerdo, Cris.

Antes de continuar su tarea comercial, Carlos llamó a su madre.

—¿Sí?

—¿Mamá?

—Dime, hijo.

—Quería decirte que las bufandas que me hiciste son uno de los mejores regalos que me han hecho nunca. Con ellas te tengo muy cerca. Mamá, no mereces que te haya tratado como lo he hecho los últimos años. Perdona. A las siete y media pasaré a buscar a Carla por la academia de inglés e iremos juntos a casa de los padres de Cristina. Me quedaré a cenar allí.

—De acuerdo. Y no te preocupes por lo pasado, hijo. Ahora ya te he recuperado.

—Te quiero.

Una vez colgó, Carlos continuó con la venta de los libros. Después fue a recoger a su hija, que estaba muy contenta de que la hubiera ido a buscar, y Carlos le dijo que cenarían juntos en casa de los abuelos. Le preguntó qué actividad podían hacer juntos después de la cena.

—Me encantaría empezar el puzle del lago con el castillo en el centro.

—¿Ya lo empezamos, verdad?

—Sí, pusimos pocas piezas, las de los bordes, pero como tenías siempre trabajo mamá lo deshizo y guardó todas las piezas en la caja.

—¿Y dónde está?

—Lo tengo en la habitación.

Prepararon todos juntos la cena. Carla les explicó el trabajo que estaba preparando en la clase de matemáticas con otras dos compañeras. Durante la cena hablaron, rieron y disfrutaron de una comida deliciosa. Cuando estaban terminando los postres, Carla preguntó a su madre si podrían empezar con su padre el puzle que tenía guardado encima del armario de su habitación. Cristina aceptó.

Una hora y media después, Cristina llevó a Carlos a casa de María. Al entrar en casa, se quedó observando como el coche se alejaba. Su madre le dijo:

—Todo requiere su tiempo. Cristina te pidió muchas cosas que no hiciste, pero si todavía te quiere, volverá.

—Así lo espero. Estos meses he reflexionado mucho y me he dado cuenta de lo mucho que las quiero, a ella y a Carla.

—Cristina me dijo que ha visto el Carlos de antes y que escribir el libro te ha cambiado.

—Sí, yo también siento que he cambiado.

El jueves por la tarde había quedado con Cristina para ir a buscar el telescopio para Carla. En el momento de pagar, Cristina se adelantó y pagó con tarjeta.

—¿Pero no lo pagábamos conjuntamente? —preguntó Carlos.

—Tú necesitas el dinero, o sea que me toca pagar a mí. Me ha gustado que te preocuparas por Carla y el regalo le encantará. Tú has tenido la idea y yo he pagado. ¿Te acerco a casa?

—¿A qué casa? —le preguntó Carlos sonriendo.

—A casa de tu madre, bobo.

—Sí, gracias.

Al llegar, Cristina le preguntó:

—¿Necesitas ayuda con los libros? Puedo vender algunos ejemplares a compañeros del trabajo.

—¿En serio? ¿Cuántos crees que necesitarás?

—Déjame quince.

—Ahora mismo te los bajo.

Antes de que Cristina se marchara, Carlos le dijo:

—Di a tus padres que mañana por la tarde mi madre irá a su casa para ayudarlos con la cena de cumpleaños de Carla. Yo me encargaré de los postres.

—¿Ah, sí? Perfecto.

El viernes, Carlos llamó a Carla por la mañana para felicitarla y decirle que disfrutara de su día. Por la noche, lo celebrarían todos juntos.

Antes de la cena, Cristina y Carlos le dieron su regalo. Al ver la foto del telescopio impresa en la caja, exclamó:

—¡Es un regalo precioso!

—Fue idea de tu padre —dijo Cristina.

Carla los abrazó. Después de cenar, en el momento de los postres, Carlos se levantó de la mesa y regresó con un enorme *brownie* de chocolate, el pastel preferido de Carla.

—¡Papá, es fantástico! ¿Lo has hecho tú? —preguntó Carla.

—Cómo sé que te encanta el chocolate, he pensado que serían los postres perfectos. Y falta una cosa.

Carlos fue a buscar los números uno y seis de chocolate blanco, también hechos por él. Cristina estaba gratamente sorprendida, en los

últimos meses había visto en él el cambio que quería ver.

Carla se levantó y abrazó a su padre. La fiesta de cumpleaños en familia fue genial, hacía mucho tiempo que los seis no estaban juntos en la misma mesa durante una comida. Cuando finalizó la fiesta, Cristina llevó a Carlos y María a casa. Al llegar, María entró en casa mientras Carlos se quedó hablando con Cristina.

—Me gustaría quedar contigo para hablar de nosotros. ¿Cómo te va mañana?

—¿Me estás pidiendo una cita? —dijo Cristina.

—Necesito hablar contigo.

—¿A qué hora te paso a buscar?

—Sobre las ocho.

Carlos deseaba poder estar otra vez con ellas y necesitaba que Cristina le diera otra oportunidad para demostrarle que había cambiado.

Al día siguiente, cuando Cristina fue a buscar a Carlos, éste le pidió conducir ya que no quería que ella supiera dónde la llevaría. Cristina aceptó. Al acercarse al lugar escogido, Cristina supo que iban al restaurante en el que le pidió de casarse con él y le había regalado el anillo que todavía llevaba. De fondo se escuchaba una música relajante que invitaba a pasar una espléndida cena.

El camarero los acompañó a la mesa que había reservado Carlos. En el centro había una rosa roja y una tarjeta que decía: «Sé que puedo sonreír a solas, pero me gusta más si sonrío a tu lado». A Cristina le encantó el detalle.

Una vez hubieron pedido y, mientras esperaban que les trajeran el primer plato, Carlos tomó la palabra:

—Cristina, escribir el libro me ha ayudado a saber lo que quiero y a establecer mis prioridades. En este lugar y en esta mesa decidí pasar el resto de mi vida con la mujer que amaba y que amo. Sé qué vida quiero y, más importante todavía, con quien la quiero compartir. Los últimos años no he sido yo e incluso he llegado a perder el tesoro más

preciado que tenía: mi familia. Dicen que no valoras lo que tienes hasta que lo pierdes. Y es cierto. Cuando he tenido la sensación de haberos perdido es cuando he abierto los ojos. Cuando estaba cegado por el trabajo sabía que os tenía, pero lo cierto es que os abandoné. Me avergüenzo de mi actitud y te pido perdón. Me convertí en otra persona, en una persona muy diferente a la que conociste y con la que querías compartir tu vida. Vuelvo a ser el de antes. Quiero a nuestra hija con locura, la necesito como te necesito a ti. Estos meses me han sucedido cosas que pensaba que nunca pasarían. Que os marcharais de casa, perder la empresa y luego escribir el libro. Gracias a todo ello ahora sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Compartir el resto de mi vida contigo y ver juntos como nuestra hija crece. Saborear vuestros abrazos y disfrutar de vuestras sonrisas. Vosotras sois lo más valioso que tengo. Sin vosotras nada merece la pena. Meses atrás solo tenía en la cabeza mi trabajo, pero ahora estoy renovado y con fuerzas para poner lo mejor de mí para volver a ser aquel del que un día te enamoraste. ¿Cómo he podido fallaros?

—Los errores están para corregirlos. El que tropieza con la misma piedra una y otra vez no aprende y tiene mucho a perder. Tú has sabido cómo reconducir tu camino gracias al libro que has escrito. Poco a poco has vuelto a ser el Carlos que conocí y estoy muy feliz que así sea. Por eso te digo que sí.

—¿Cómo?

—Diecisiete años atrás te dije que sí quería compartir mi vida contigo y te lo vuelvo a decir. ¿No es esto lo que me íbas a preguntar?

—Pues sí.

—Yo también te echo de menos. Me gustaría volver a vivir juntos. Estos meses he visto que has cambiado y que has tenido detalles que incluso antes no tenías. Carla te necesita y yo también.

—Recuerda que tendrás que vivir con los trescientos cincuenta ejemplares que me faltan por vender.

—No te preocupes, lo soportaré —rio Cristina—. Por cierto, no

te lo había dicho, una compañera de trabajo me ha pedido cincuenta ejemplares.

—¡Perfecto! Ya solo me quedan trescientos.

En aquel momento, sonó de fondo la canción “You and I”. Hacía años que no la oían. Carlos y Cristina se besaron. Cerca del restaurante había un hotel. Allí pasaron la noche.

A la mañana siguiente, Cristina le explicó a su hija que ella y su padre volvían a estar juntos. Carla se puso muy contenta y le dijo que, aunque el telescopio le había encantado, aquel era sin duda el mejor regalo de cumpleaños.

Cristina la llevó a casa de María para que estuviera con su padre haciendo el puzle mientras ella recogía todo lo que tenían en casa de sus padres. Se trasladarían temporalmente a casa de María, hasta que encontraran algún alquiler que se pudieran permitir. Estaba más cerca del colegio de Carla y la madre de Carlos estaba encantada de tener a su hijo, nuera y nieta en casa, así no estaba tan sola.

Para Carla aquello significaba mucho más que hacer un puzle, era volver a estar en contacto con su padre, el que había sido su ídolo de pequeña, el que le contaba cuentos y historias fantásticas. El que jugaba con ella en el parque y quien la ayudaba con sus primeros deberes.

Estuvieron cerca de dos horas. Finalizaron los bordes y separaron las piezas correspondientes al castillo de color blanco. En el estudio, que estaba en la parte de arriba de la casa, había luz suficiente para no dejarse la vista con tanta pieza. Hicieron un descanso para recuperar fuerzas. Carlos preparó zumo de naranja.

—Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien contigo. Gracias, papá.

Capítulo 15

Los tres meses de plazo para vender los libros pasaron rápido y Carlos no pudo venderlos todo, pero llamó a Jaime como habían acordado, para encontrarse y hacer balance de las ventas.

—¿Cómo estás Carlos?

—No podría estar mejor, aunque no he podido venderlos todos.

—No te preocupes, hacemos cuentas con los que has vendido, pero antes descontamos el dinero que te has gastado en transporte, claro.

—No he conservado ningún tiquete.

—Tú calcula un importe aproximado. Confío en ti. Por cierto, te he traído una cosa.

—¿Ah, sí?

—Sí, dos mil ejemplares más.

—¿Cómo? ¿Más libros?

—Sí, dentro de seis meses no te puede sobrar ni uno y el dinero será todo para ti. No tendrás que darme nada. Arréglatelas cómo puedas, pero deberás venderlos todos. Los tengo dentro de esa furgoneta. ¿Dónde quieres que los lleve?

—Si me puedes acercar a casa de mi madre los dejaremos allí, como la otra vez.

Una vez las cajas fueron descargadas en el estudio, Carlos fue al banco a ingresar el dinero recibido por la venta de los libros, no sin antes apartar el importe del ordenador que su madre le había comprado y que quería devolverle cuanto antes.

A la hora de la cena, Carlos comentó que vender todos esos libros sería una dura tarea. Sabía que tendría que ir más lejos, a poblaciones

más grandes. Y sabía que solo no podría venderlos todos, así que debería buscar a alguien para que lo ayudara. Su madre le dijo que Juan, un vecino del barrio, no tenía trabajo y dos criaturas que alimentar. Cristina le propuso ir a verlo ya que todavía no era muy tarde y quizás le interesase.

Carlos le propuso que lo ayudara con la venta de los libros y Juan no se lo pensó dos veces. Le interesó la propuesta. Aunque nunca se había dedicado a ello, lo importante era no estar parado y necesitaba tirar adelante su familia. Juan le dijo que tenía un primo, Manu, que también estaba en el paro y que podría estar interesado en ayudarlos. Lo llamaron y, la mañana siguiente, quedaron los tres para organizarse y planificar el trabajo.

A primera hora de la mañana, Juan y su primo llegaron puntuales a casa de María y vieron cajas de libros por todas partes. Había que venderlos todos. Lo bueno es que disponían de tiempo suficiente y eran tres.

Algunos ayuntamientos les dejaron poner una carpa para vender los libros. A cambio, Carlos debía hacer algunas charlas para motivar a aquellas personas que no encontraban trabajo. A él le encantó el trato.

Con la ayuda de Óscar y Luisito, que tenían contactos en determinadas asociaciones empresariales y sindicales, colocaron muchos libros. También Paco les pidió que le llevaran algunos ejemplares para venderlos a los clientes que fueran al quiosco. Y también le aconsejó contactar con clubs de lectura para que su obra fuera leída y debatida. Asimismo, Carlos planificó varias presentaciones en distintas librerías y concertó entrevistas en televisiones y periódicos.

Un canal de televisión le hizo un reportaje en el que contaba cómo se podía llegar a la cima, perderlo todo y volver a empezar. Al final del reportaje Carlos aprovechó para remarcar que había escrito un libro contando su experiencia y que podían consultar su web para hacer pedidos o seguirle en las presentaciones que realizaría. Después de ese

reportaje, el número de visitas en la web y la asistencia de público en las presentaciones se disparó y el número de ventas se cuadruplicó.

Carlos y su libro cada vez eran más conocidos y solicitados. Llegó a acuerdos con escuelas de negocios para que sus alumnos lo leyeran y él asistía a charlas como invitado. Las ventas no paraban de aumentar.

Pasaron los seis meses y entre los tres habían conseguido el objetivo de vender los más de dos mil ejemplares. Un gran reto conseguido con el trabajo y esfuerzo conjunto.

Carlos llamó a Jaime para comunicarle que habían vendido hasta el último libro y quedaron en verse en el lugar de siempre, a las seis de la tarde.

—Felicidades, Carlos. Lo has conseguido. Sin embargo, por teléfono me has dicho «hemos vendido todos los libros», ¿qué quieres decir con *hemos*?

—Yo solo no hubiera podido venderlos todos en este tiempo y por ello les propuse a dos desempleados que me echaran una mano. Mientras no encontraban trabajo me ayudaban y la verdad es que fueron de gran ayuda. El dinero que he ganado lo he compartido con ellos.

—Lo que has hecho me parece perfecto.

—Hemos decidido entregarte una parte del dinero que hemos ganado.

—El trato no era este. No se hable más. Por cierto, te entrego esta llave.

—¿Qué es esta llave?

—Es la llave de un trastero en el que encontrarás cinco mil ejemplares más. Puedes ir a buscarlos con tus ayudantes.

—¿Cinco mil? ¡Es una barbaridad!

—Con esta última entrega yo ya habré cumplido. Ya no nos volveremos a ver.

—¿Qué quieres decir con eso de que «yo ya habré cumplido»?

—En una de las cajas que recogerás luego hay está escrito tu nom-

bre. En su interior hay un sobre. Léelo y lo entenderás todo. Muchas gracias.

—Soy yo el que tiene que agradecerte lo que has hecho por mí.

Se despidieron y Carlos llamó a Juan y Manu para ir a buscar la última entrega de libros. Llevaron todas las cajas a un local que les había dejado un vecino.

Carlos pensó que Jaime había resultado ser, como le había dicho su madre, un ángel. Gracias a él había podido escribir y vender el libro, recuperar a su familia y volver a tener amigos. Se acordó del sobre que tenía que leer. Buscó la caja que llevaba su nombre y lo encontró. Al abrirlo, vio un papel con un texto:

Mi nombre es Jaime Pérez, propietario de la empresa Aceros Pérez, S.A. Mi empresa era cliente de AMSA y, en una ocasión, no pudimos hacer frente a una factura vuestra. Por aquel entonces, hace más de tres años, las cosas te iban muy bien y dijiste que podíamos aplazar el pago de la misma. Un año después saldamos la deuda con AMSA, pero no olvidé nunca el favor que me hiciste. Al aplazar el pago pudimos hacer frente a otros pagos e hicimos algunas inversiones que nos hicieron salir adelante. Es decir, gracias a ti mi empresa reflató y las cosas mejoraron.

Leí en el periódico lo que ocurrió con tu empresa y estuve informándome de cómo encontrarte para agradecerte el gesto que tuviste con nosotros. Me enteré que tu hija va a la misma clase que mi sobrina y contacté con tu madre, la fui a ver y estuvimos hablando. Y así fue cómo comenzó todo. Quería saldar un favor ayudándote en el aspecto personal. La parte personal es importantísima, es el motor de nuestras acciones y por ello se debe cuidar y alimentar. Tú me hiciste un gran favor, yo te lo he devuelto. Al explicarme tu madre tu situación creí que una buena forma de ayudarte era proponiéndote el reto de escribir un libro. Me dijo que te encontraría en el lago. El reto de crear y mantener tu empresa te lo estaba quitando todo, y en cambio, escribir un libro te lo ha hecho recuperar. El dinero no lo es todo.

Quería ayudarte a salir adelante, a hacerte recuperar la ilusión, las ganas de hacer cosas, de reflexionar sobre tus errores, etc. Y la mejor forma era escribiendo un libro, ya que años atrás también me ayudó mucho a mi.

Carlos se quedó mudo, sin saber qué decir. Llamó rápidamente a su madre.

—¿Carlos?

—Tenemos que hablar de Jaime, el hombre que me entregaba los libros. ¿Por qué no me dijiste que lo conocías?

—¿Has leído el sobre? Me dijo que te lo daría en la última entrega. Y que allí te explicaría lo que me contó de su empresa y el favor que les hiciste.

Capítulo 16

Cristina y Carlos encontraron un piso de alquiler económico en el pueblo en el que vivía su madre, el pueblo en el que él había crecido. Había pasado un año desde que Jaime les entregó los últimos libros y, cuando les quedaba la mitad por vender, con el dinero conseguido, propuso a Juan y Manu crear una librería en el mismo local que utilizaban como almacén. El propietario no les puso ningún inconveniente y, dos meses después, celebraron la inauguración.

En uno de los espacios de la librería, habían creado una zona en la que una vez por semana se invitaba a algún cliente a leer un texto en voz alta, mientras el resto de asistentes se tomaban, de forma gratuita, una taza de té. Cada vez más personas sabían de esta iniciativa y, cuando se aproximaba la hora de la lectura, la librería comenzaba a llenarse. Una vez al mes era Carlos quien leía un libro y, en algunas ocasiones, leía fragmentos de su obra: *Una nueva vida, el libro que me devolvió mi vida*.

Los lunes y los jueves, Carlos no trabajaba por la tarde y realizaba actividades con Cristina y Carla. Tenía una nueva vida, un nuevo trabajo y tiempo para estar con su familia.

Los sábados se levantaba a las siete y media de la mañana para correr y, de vuelta a casa, compraba el periódico en el quiosco de Paco y se quedaba hablando con él. Hacia las nueve llegaba a casa, se duchaba y preparaba el desayuno para sus dos estrellas.

Cada día trece, volvió a regalar una rosa roja a Cristina, que estaba encantada de haberlo recuperado.

Un día un profesor de instituto que conocía la historia de Carlos, le propuso organizar visitas a la librería, para que Carlos les contara su experiencia y les sirviera a los alumnos como una actividad de promoción lectora. A él le encantó la propuesta y hasta preparó unos puntos de libro con distintas frases, que regalaba a los estudiantes al final de la charla: «Los dinosaurios no leían, ahora están extinguidos», «Cuando escribo veo luz en el túnel», «Leer te hace crecer», «Eres lo que escribes y lees».

Capítulo 17

Pasaron las semanas y una tarde de otoño Carlos se presentó en casa de su madre.

—Vengo a pedirte un favor.

—Dime, hijo.

—Pronto empezará a hacer frío. Me gustaría que pusieras el nombre de Cristina y Carla en las bufandas que me regalaste cuando comenzaba a vender libros. Estas bufandas nos unen a los cuatro y creo que es un regalo que les gustará. Carla me pedía una antes de ayer y Cristina se estaba mirando otra en un catálogo por internet.

—Me parece una idea estupenda. Y así se acordarán de mí y de su padre. Mañana por la tarde podrás pasar a buscarlas.

—Perfecto. Ven mañana a cenar a casa y se las damos.

—Ahí estaré.

El día siguiente habían pronosticado una noche espléndida, así que cenaron tranquilamente y, después de tomar el té, subieron a ver las estrellas, como hacían a menudo. Cuando estuvieron todos en la terraza, Carlos dirigió el objetivo del telescopio hacia ellas y les dijo:

—Vosotras tres sois mis estrellas, habéis estado conmigo y me habéis iluminado. Os doy las gracias por haberme hecho el hombre más feliz.

—Oh, papá, qué bonito.

Carlos entregó una bufanda a su mujer y otra a su hija, mientras dedicaba una sonrisa agradecida a su madre.

Al abrazo de Carla, le siguió el de Cristina y su madre.

—Hijo, de todo lo que has vivido y aprendido estos últimos años, ¿qué destacarías por encima de todo?

—Viendo todo lo ocurrido, que no ha sido poco, puedo decir: No valores tu vida por el dinero o propiedades que tengas, sino por las estrellas que están a tu lado.

—Cierto, hijo.

—Yo también he aprendido algo abuela —dijo Carla.

—¿Ah, sí? Dinos.

—Que mis padres son ¡el mejor regalo que me han hecho nunca!

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti, Carlos. Corregir los errores que uno va cometiendo es la mejor forma de crecer como persona y ser ejemplo para los demás.

Cuando bajaron de la terraza, el reloj del comedor tocó las dos de la madrugada. María cogió su bolso y su abrigo y pidió a Carlos que la llevara a casa, que estaba cansada. Cuando llegaron, María le pidió que entrara un momento a su casa, que le tenía que dar algo.

—¿Qué es esta bolsa?

—Es para ti. El paquete que hay dentro lo guardo desde hace demasiado tiempo y a tu padre le hubiera gustado que lo hubieras abierto ya.

—¿Es el paquete azul?

Su madre asintió, Carlos puso el paquete encima de la mesa del comedor y lo abrió. Cuando vio la imagen a montar, un par de lágrimas cayeron rápidamente por sus mejillas.

—Es precioso —dijo Carlos secándose aquellas dos saladas lágrimas.

—¿Te acuerdas de esta foto que nos hicimos los tres?

—Claro que me acuerdo. Fue unas semanas antes de su accidente.

—Exacto. Tu padre le preguntó al dueño de la tienda de puzzles si podía convertir aquella foto en uno. Me dijo que te encantaría y que lo haríamos los tres. Hubiera sido un buen regalo, ¿verdad, hijo?

—Es un buen regalo. Muchas gracias por todo, mamá.

Carlos abrazó a su madre, se despidió de ella y entró en el coche colocando el puzle en el lugar del copiloto. Lo quería tener cerca mientras volvía a casa. Durante casi tres décadas lo había tenido encima del armario de su habitación, sin apenas verlo. Sabiendo lo que albergaba, tenía ganas de comenzarlo cuanto antes mejor. Cuando llegó a casa, Cristina lo estaba esperando, sabía que su madre quería darle el paquete aquella noche.

—¿Nos ayudarás mañana a Carla y a mí a empezarlo? —le preguntó.

—Por supuesto, cariño.

Al día siguiente, comenzaron los tres aquél puzle con tanto contenido nostálgico, pero al mismo tiempo con mucha alegría y amor. El amor que unos padres deben tener a sus hijos.

Habían conseguido empezar una nueva vida.

TRABAJO PERSONAL:

En las páginas siguientes encontrarás unas preguntas. Quizás las puedas utilizar para escribir un libro.

¿Te has preguntado qué OBJETIVOS tienes en la vida?

Mis objetivos a corto plazo son (en menos de 1 año):

–

–

–

Mis objetivos a largo plazo son (dentro de 5 años):

–

–

–

¿Te has preguntado qué PRIORIDADES tienes?

Mis prioridades son:

–

–

–

¿Son compatibles tus objetivos con tus prioridades? ¿Por qué?

¿Crees que debes mejorar en algún aspecto personal, profesional, etc.?

¿Qué recuerdos tienes de tu infancia?

¿Qué héroes has tenido o tienes actualmente en tu vida? ¿Por qué lo son?

¿Has cometido o estás cometiendo errores que deberían ser corregidos?

¿Qué te parece el método de la ESCRITERAPIA (escribir un libro para corregir errores, mejorar como persona, etc.)?

ESCRIBE tus aventuras,
ESCRIBE tus proyectos,
ESCRIBE tus ideas,
ESCRIBE tus sueños,
ESCRIBE tus incertidumbres,
ESCRIBE tus sentimientos.

ESCRIBE lo que piensas,
ESCRIBE lo que sientes,
ESCRIBE lo que imaginas,
ESCRIBE lo que persigues,
ESCRIBE lo que amas,
ESCRIBE lo que ves.

ESCRIBE tus fracasos,
ESCRIBE tus emociones,
ESCRIBE tus éxitos,
ESCRIBE tus valores,
ESCRIBE tus recuerdos,
ESCRIBE tus errores.

ESCRIBE lo que aprendes,
ESCRIBE lo que intentas,
ESCRIBE lo que resuelves,
ESCRIBE lo que sospechas,
ESCRIBE lo que emprendes,
ESCRIBE lo que cultivas,
ESCRIBE lo que empieces.

ESCRIBE tus miedos,
ESCRIBE tus promesas,
ESCRIBE tus logros,
ESCRIBE tus alegrías,
ESCRIBE tus principios
ESCRIBE tus mentiras.

ESCRIBE tus esperanzas,
ESCRIBE tus sufrimientos,
ESCRIBE tus inquietudes,
ESCRIBE tus viajes,
ESCRIBE lo que toleras,

**ESCRIBE TU LIBRO
Y MEJORA TU VIDA.**

Una forma de aprender es viajar.

Para viajar, la mejor nave es un libro.

A través de la lectura aprendemos y conocemos.

Para conocerte y mejorar como persona, la mejor terapia es escribirlo.

Practica la ESCRITERAPIA. Te cambiará la vida.

Todo cambió cuando creó la empresa.
Todo cambió cuando su mujer tomó la
decisión de dejarlo.
Todo cambió cuando se arruinó.
TODO cambió... cuando escribió el libro.

El poder de escribir un libro es inmenso.
Carlos, el protagonista de esta obra pudo
comprobarlo.
¿Cuál es tu estilo de vida? ¿Cuáles son tus
prioridades? ¿Cuáles son los valores que te
guían? Esta obra te hará pensar en ello, y
en mucho más.

***No hay experiencia más increíble que
escribir un libro. ¿TE ATREVES?***

Colaboración con:

